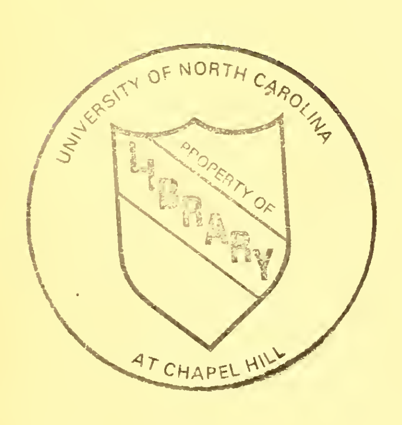

a 00002 58461 6


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

FRANCISCO ECHAGÜE Y NOGUEIRA.

EL DRAMA ETERNO,

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS, Y EN PROSA.

PRECEDIDO

DE UNA CARTA-PRÓLOGO DEL AUTOR.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1880.

Al Sr. Director de
"El Globo" Joaquín
Martín de Olías.

[illegible]

FRANCISCO ECHAGÜE Y NOGUEIRA.

EL DRAMA ETERNO,

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS, Y EN PROSA.

PRECEDIDO

DE UNA CARTA-PRÓLOGO DEL AUTOR.

Representado en el Teatro Español el dia 3 de Febrero de 1880.

MADRID.—1880.

Madrid, 1880.—Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Sr. D. Federico Moja y Bolivar,

REDACTOR DE EL FÍGARO.

Mi querido amigo:

Al editar esta obra, no quisiera incurrir en el pecado de la soberbia: tengo conciencia suficiente de mi voluntad para no desmayar ante el éxito, poco favorable, de mi primer ensayo, y acato muy respetuosamente los fallos del público que asiste á las primeras representaciones de las producciones dramáticas, porque tiene un carácter especial, un rasgo típico; la espontaneidad. Aprueba ó reprueba sin discutir, y dando al desenfado con que lo hace, la espresion de ese instinto elevado que acusa en sus fallos, el sello de una superioridad inapelable.

Es el buen sentido de las individualidades, que adquiere en la forma de colectivo, la condicion que mejor abona y más garantiza sus juicios; la impersonalidad.

Por esta razon, el Teatro es, más que otro alguno, el medio propio para exponer principios de la moral desconocidos lastimosamente, ó vicios sociales profundamente arraigados.

El libro exige la reposada atencion del individuo, su asentimiento reflexivo, logrado á merced de penosas

rectificaciones: su accion, en una palabra, aunque segura, es muy lenta y laboriosa.

Aquel, por el contrario, nada pide, nada reclama; llega á las masas, las sorprende; y hoy descubriendo perfidias que esconde la vida real, mañana enalteciendo virtudes que el brillo de corrupciones aceptadas oscurece, plantea y resuelve por medio de ficciones y encontrados afectos, los problemas que más ocupan al humano entendimiento.

De todas suertes, no es poco que el público aplauda siempre al que logra interesarle ó conmoverle, sin preguntarle jamás los medios que ha usado para conseguirlo, ni el fin que se ha propuesto alcanzar.

Opinando de esta manera, me declaro vencido por el público y por la crítica; pero seria un alarde inmodesto de mi modestia, el rendirme convicto y confeso. No lo estoy.

Necesito, por lo tanto, decir cuatro palabras que me pongan á cubierto de algunas apreciaciones, poco justas á mi entender, acerca de los propósitos y tendencias que algunos críticos han visto en mi primera tentativa dramática.

Entremos, pues, en la cuestion, y entremos de una manera resuelta y clara, porque solo abordándola de frente, podrán quilatarse ciertos juicios que corren de boca en boca, y que alcanzan al arte dramático con muestras de señalada predileccion.

El comun de las gentes hace alarde de ser hostil al género que ha dado en llamarse realista; abomina de sus manifestaciones en todos sentidos, y señala con el dedo á los que le cultivan, presentándolos al escarnio y desprecio públicos, como propagadores de una escuela que no tiene más mision que la de exhibir en toda su desnudez, los vicios de la sociedad en que viven. Especie de mónstruos que complacen su

ánimo, mortificando al público con las violencias de un mundo que, por fortuna, solo es producto de un pesimismo intransigente.

Este es el carácter general de las diatribas con que se saluda al género realista.

Pero dejemos á un lado esta apreciacion que solo entraña una cuestion de nombres, y dejémosla sin encono ni prevencion, porque siempre ha de existir una turba de nécios, que vive de no parecerlo, y que tiene el deber de odiarle, como tiene el de admirar á Platon y á Sófocles, á quienes solo conoce de oidas.

Si el Teatro ha de ser agradable y conveniente; si sus distintas manifestaciones han de estar conformes con el espíritu moderno, cada dia más exigente, porque es, cada dia, más progresivo, la teoría de «El Arte por el Arte» aplicada á la dramática, es incompleta; porque nada en el mundo permanece estacionario; porque la vida implica movimiento; y porque, así como en el órden moral, las preferencias exageradas conducen á la intolerancia, desarrollando pasiones bastardas y mezquinas, en la vida del arte, el gusto inmoderado, el gusto insaciable de la forma, nos reduce á un estado de postracion y enervamiento, á un constante desarreglo entre la materia y el espíritu, que presenta nuestras facultades exaltadas hasta un punto inverosímil, que nos hace concebir las combinaciones más extraviadas y absurdas, que acrecienta ó debilita, en una palabra, nuestros deseos, nuestros temores, nuestras esperanzas y todos nuestros afectos más nobles, sin el auxilio de la razon.

En esas escursiones por el campo de lo imaginario, sin más compañía que la febril fantasía del autor, el camino podrá estar sembrado de flores y de aplausos; pero su término es siempre el mismo: la injusticia primero, y más tarde la inmoralidad.

No es prudente caminar alejándose de la vida rea , sin correr el riesgo inminente de tropezar con ella repetidas veces; y cuando esto sucede, el que, por hábito ó temperamento prescinde de ella , ó la desprecia por grosera, se encuentra en la necesidad de transigir; y emplea, estafándose á sí propio, medios y procedimientos que no son los suyos, ó recurre, estafando al mundo, á cuatro imposturas que le envilecen y le degradan.

. . . .

¡Qué desencanto entonces! ¡Qué renegar del delirio constante de la mente!

. . . .

Pero hasta tanto, se navega por los espacios, soñando mundos que no han de existir; aborreciendo á los que consagran sus esfuerzos á la observacion y al estudio de lo cierto y real; compadeciendo á los que se arrastran, penosamente por este valle de necesidades, sembrado, á largos espacios, de algun accidente poético que se presenta con carta de legítima naturaleza; sin advertir que entonces el placer embarga y la alegría es un bálsamo reparador, porque la razon comprende que la vida real ofrece tambien, entre sus asperezas innumerables, momentos de verdadero entusiasmo, momentos de espansion y de consuelo.

Así es como discurren los que con más encarnizamiento execran el concepto y las tendencias de la dramática moderna; y así es como, por una misteriosa afinidad, la pluma y la lengua dicen por hábito lo que la mente sueña.

No de otra manera se esplica esa predileccion inesplicable por determinados individuos á quienes solo se conoce superficialmente, en la total y absoluta acepcion de la palabra. ¿Quién no ha visto establecer preferencias artísticas hasta para el momento de dar una

limosna? ¿Quién no ha sentido inclinaciones é impulsos de ese género hácia un sér abyecto y depravado?

Sin embargo, todos estos actos, que el mundo llama simpatías, son aberraciones del buen gusto que se extravía, por la inmoderada pasion de la forma, y que, más tarde ó más temprano, establecen esos desórdenes psíquicos que terminan en el erotismo de los sentidos, gérmen, como decia en líneas anteriores, de injusticias é inmoralidades.

Yo no sé en qué escuela hay que clasificar á los que escriben para el Teatro, dominados por esa contemplacion eterna de la forma, ni acierto á encontrar una denominacion racional para sus obras.

Sus amantes son bellos, sus padres de rancia severidad, sus criados decidores y graciosos; sus confidentes ladinos y discretos: las esposas víctimas todas de la avaricia de sus padres, y los maridos extremadamente celosos y tiranos.

Elementos, en una palabra, para presentar al público un vicio social desvirtuado por la falsedad de los personajes y por la inverosimilitud de las situaciones; elementos para moralizar atenuando la inmoralidad.

Porque no es impertinente observar que en esas obras, la verdad es una suposicion, una convencion, sin la que, los personajes no tendria vida ni resultarian, como casi siempre resultan, perfectamente simpáticos y agradables al público que, en su alto sentido, disculpa por igual á los malos y á los virtuosos, porque, á la verdad, ni los unos ni los otros son el reflejo de los caractéres que en la vida real les ofrecen motivos de agrado ó repulsion.

Seria injusto no reconocer en muchas de esas obras condiciones de precio inestimable, trama hábilmente urdida, lenguaje primoroso; en una palabra, todo lo necesario para producir una comedia graciosa sobre

motivos de un pensamiento dramático: y digo graciosa, porque, verdaderamente, nada hay tan chistoso en el Teatro como la mentira producida impensadamente con el aparato y las solemnidades de una afirmacion trascendental.

Reconocen que existe la verdad en las obras realistas; pero añaden que la verdad no puede llevarse al Teatro, sino embellecida..... por la mentira; y llevarla amañada hasta el extremo de que no se la distinga, equivale á no llevarla.

Tanto valdria confesar clara y resueltamente que la verdad es perniciosa en el Teatro.

Desde el momento en que el hombre se recoge y ordena sus pensamientos para producir una obra de arte; desde el momento en que condensa sus observaciones del mundo moral para presentarlas al público, los caractéres principales y más recomendables de una produccion dramática han de ser su concepto fundamental y su verosimilitud absoluta.

En vano será clamar contra este propósito, alegando que los vicios y las virtudes sociales han de presentarse en el Teatro, con el atavío de la forma poética, indispensable para producir belleza: nó; han de manifestarse como se realizan en la vida ordinaria, porque de esa manera han impresionado al autor, que no es de naturaleza diversa que el público, y porque de esa lucha de afectos y pasiones encontradas, se desprende siempre una enseñanza.

Toda enseñanza es bella, y hé aquí la belleza que reclama el arte moderno, y su sentido más civilizador.

No pretendo, sin embargo, sostener que pueden llevarse al Teatro como resortes propios para conmover al público, los detalles de la vida que tienen el carácter de funciones ordinarias.

Tampoco he de mantener la idea de que la forma es

innecesaria; por el contrario, creo que es indispensable si el pensamiento dramático ha de interesar al público que vá á presenciar una obra de arte.

Pero al hablar de la forma, me refiero principalmente á la extructura dramática con que se desarrolla el pensamiento; á la manera de conducir la accion, á las situaciones de ánimo que determinan en cada uno de los personajes, el necesario interés para despertar el del público; y todo esto puede observarse *fácilmente* en los accidentes de la vida real; y esta es, á juicio mio, la significacion más importante de la forma en el drama.

Es decir que, dada la trascendencia ó capitalidad del pensamiento dramático, la forma, es su necesidad artística; pero la forma, tal como yo la he explicado, y sin que, en ningun caso, pueda ser confundida con el lenguaje, que basta con que sea propio, aunque en casos determinados, no esté ajustado á las prescripciones del bien decir.

Pensando de esta manera acerca de los elementos constitutivos de una obra dramática, nada tengo que objetar á los que nos execran; nada que responder á los comentaristas de una escuela que nadie ha definido, y que tantos y tantos motejan á porfia.

Creo que el realismo en el Teatro no es una copia exacta y minuciosamente detallada de la naturaleza, porque cualquiera episodio de la vida, por interesante que sea, vá siempre acompañado de una série de accidentes, impropios del arte, y que, en vez de dar resplandor á las bellezas, las debilitan cuando no las destruyen: pero creo tambien que las obras dramáticas deben producirse *solamente*, así en la pintura de los caractéres, como en la lucha de afectos, con los elementos que se observan en el mundo real.

No es dificil, por lo tanto, señalar la línea que divide ambos campos.

En el uno la ficcion, la mentira embellecida, la sed inextinguible de un amor vago é indefinido, el misterioso encanto de la forma, el afan inquieto y febril del poeta, las nubes que pasan y se ván para volver de nuevo, y de nuevo alejarse: en el otro, la vida real, lo humano, lo posible, lo cierto, la verdad.

Apuntadas las observaciones precedentes, diré á usted, como de pasada, lo que me propuse al escribir *El Drama Eterno*, y que por razon de mi inexperiencia, seguramente, no se ha visto tan clara y distintamente como yo hubiera deseado.

*
* *

Infeliz si es hermosa é injuriada si no lo es, la mujer es un sér, que destinado por la naturaleza á la compañía del hombre, llena una necesidad social, convirtiéndose en su esposa.

Reducida por su condicion á un pasivismo especial, y por su especialidad funesto, no inspira al hombre afecto alguno si no es hermosa; no recibe más halago que la frase amorosa y ardiente que penetra por sus oidos; no escucha más solicitud que la dirigida á su belleza, ni más consideracion á sus virtudes que la que su hermosura haya podido inspirar.

Más tarde podrá ser apreciada por otras condiciones, estimada por otros conceptos; pero, ante todo, es preciso que sea hermosa.

De tal manera que la mujer llega á formar su mayor empeño en parecerlo, convencida de que, solo por ese medio, puede exigir el tributo respetuoso que por otros conceptos merece.

La que por desventura nace desprovista de bellezas físicas, pone á contribucion todos sus recursos para agradar al hombre; y unas veces discurriendo con tino

y esquisita percepcion sobre un asunto difícil, otras dando pruebas de una cultura excepcional, concluye por comprender que todos los miramientos que con ella se tienen, son un fingimiento con que la sociedad se dispensa de llamarla fea, y entonces..... entonces decide utilizar todas sus cualidades para obtener con ellas, lo que siendo hermosa hubiera alcanzado fácilmente.

Se convierte en coqueta y no espera el mentido halago del hombre, sino para reducirlo á términos que el más audáz no emplearia por miramientos fáciles de comprender.

No vacila: acecha el momento oportuno, aprovecha el incidente más sencillo, y acaba por ser el fruto legítimo y espontáneo de la voracidad con que el hombre la codicia; una mala mujer.

La razon tiene sus privilegios, y la mujer no abdica, pero se deja vencer.

«Yo puedo tambien—se dice—darle lo que él apetece en las hermosas.»

Esta es la leyenda de las mujeres desgraciadas, porque no quiero referirme á las que careciendo de toda cualidad moral, entregan á la concupiscencia del hombre una honradez de que jamás se han dado cuenta.

Entretanto los padres de familia preparan á sus hijas con una solicitud y un estudio que parecen providenciales. Cuidan de que se presenten al mercado público, adornadas con lo mejor de la casa; les inculcan, á manera de formulario, un itinerario para la conversacion que han de sostener con sus novios; recomendándoles con cariñosa severidad que, llegado el caso, procuren ocultar discretamente la verdadera posicion de su familia, si es que no la pueden extremar favorablemente con las esperanzas de un mañana que nunca ha de llegar.

Lo más esencial para los pobres padres es que su

hija deslumbre y que mienta inocentemente lo preciso para asegurar un casamiento ventajoso.

La posicion del hombre en este tráfico prévio de la contratacion matrimonial, es perfectamente independiente.

Guiado de una fuerza instintiva superior á todo juicio, parece como que su mision en este mundo es la piratería de la mujer: termina la faena cuotidiana con que ocurre á sus necesidades precisas é indispensables, y se lanza á conquistar hermosas como quien penetra en terreno heredado.

Para él todas son iguales, á todas las arrulla con el mismo canto, á todas las dice que son hermosas aunque no lo sean; porque á las veces, suele entrar en sus cálculos conseguir á una hermosa con la dote de otra fea que por vanidad se dedica á casada, de la misma manera que alguna hermosa se rinde á la tenacidad con que la galantea el acaudalado caduco, pensando que el dia de mañana podrá fijar la atencion del hombre para quien pasó inadvertida.

Digno es de notar que, en estos escarceos de amor, el dinero perturba el equilibrio de las fuerzas que se solicitan naturalmente, y el dinero lo restablece despues, á costa de alguna infidelidad, más ó ménos grave segun el estado del que la comete.

En gracia de estos movimientos y merced á esta lucha de afectos torpemente conducidos, tiene lugar el acto más solemne y trascendental de la vida, el matrimonio: vínculo de amor, lazo estrecho é indisoluble que asegura primero la familia, y más tarde desarrolla intereses de una respetabilidad aterradora.

Analicemos el matrimonio y el estado de ánimo de los cónyuges, un año despues de haberse casado.

Generalmente resultan con un niño, como pudieran resultar con unas viruelas, porque aun cuando la pro-

creacion es uno de los fines más naturales del matrimonio, yo no conozco á nadie que se case pensando en la prescripcion genesíaca *creced y multiplicad*, y veo, por el contrario, á muchos que aparecen multiplicados cuando solo pensaban en dar satisfaccion á otros apetitos más casuales.

Pero aparte de este accidente, verdaderamente impensado, él comienza á entender que la elegida para su esposa no es la espresion completa de la hermosura que habia soñado; y persuadido de que debe guardarle las atenciones que son de rigor en tales casos, determina ser fiel á sus deberes de marido, apesar de los inconvenientes que han de proporcionarle las exigencias de su nueva amante. Es decir que se sacrifica por ser un *buen esposo*.

Ella discurre de distinta manera. No busca razones en el alejamiento de su esposo; se siente herida en lo más íntimo de su ser: insinúa, advierte, implora, gime, lucha, y tras una série de penosas reflexiones, se rinde á los desvíos del que tantas veces la llamó hermosa, para sacar de su postracion y abatimiento, recursos y ardides que su amor propio ofendido le sugiere.

Colocada cuidadosamente tras la cortinilla del balcon, y anhelante por recoger una mirada de su esposo, expía con amoroso empeño el momento en que ha de cruzar la calle. ¡Pobre mujer! Allí le aguardan el desengaño y la desventura; allí le esperan el desencanto de sus ilusiones y el cariñoso interés con que sin cesar la contempla un nuevo D. Juan, de esos que tienen el corazon preparado para el latido permanente, y la lengua hecha á querellas de amor. . . . .
. . . .

Sorprendida primero, más tarde confusa y halagada despues, al ver recobrados los privilegios de su hermosura, resuelve y plantea un desquite bochornoso, con-

virtiendo en lecho de placeres y de impudencias, aquel mismo lecho en que naturaleza le hiciera madre.

¡Una mujer más! ¡una esposa ménos!

El mundo está de enhorabuena.

Esta es la consecuencia natural y general de la educacion de la mujer: el mundo le llama hermosa y ella lo prueba, ejerciendo la hermosura, aun á trueque de arriesgar otras virtudes de las que solo le han inculcado una nocion débil é incompleta.

Se me dirá que hay mujeres cuya honradez resiste fácilmente el embate de las mundanas pasiones: es verdad; por esa razon, al hallarnos con uno de esos séres de singular hermosura y de virtud excepcional, sentimos los impulsos del respeto y de la consideracion de manera que aquietan el movimiento de otros apetitos ménos delicados.

Pero seria un error insigne ó una candidez incomprensible, suponer que estas apreciaciones obedecen á una intransigencia que presenta las excepciones con el carácter de generalidades dignas de ser observadas: son, por el contrario, fenómenos que la vida real ofrece en una cantidad que, por su abundancia, se miran con una tranquilidad verdaderamente primitiva.

Por manera que hay necesidad de considerarlos como una familiaridad que tenemos el deber de dispensarnos, sin perjuicio de la lamentacion que más á mano nos presenta nuestra hipocresía.

Es decir que individualmente, todos estamos en el secreto, todos reconocemos el mal, pero nadie se atreve á proclamarlo en voz alta por el temor de una condenacion general.

Pero no por eso, deja la verdad de serlo; no por eso dejará de ser el adulterio una de las cuestiones más importantes de cuantas encierra la constitucion de la familia, y por esa razon solamente, siempre que se lleve

al Teatro, ha de hacerse con los caractéres más verdaderos y ciertos, ya que el Teatro es, desgraciadamente, el único sitio donde ese delito inspira una repugnancia saludable.

Convengamos en que el mal, no deja de serlo, por la sola virtud de tenerle oculto: convengamos en que para extirparle es necesario conocerle, y en que para conocerle, es preciso examinar sus causas, estudiar su curso y señalar los medios oportunos para corregirle.

Cuando sus caractéres fisiológicos dependen de la naturaleza de las personas que concurren en su comision, como sucede en el adulterio, aun queda el arbitrio de buscar en la reflexion y en el sentido moral, estímulos y recursos para conseguir un bien, que no es baladí, aminorando las consecuencias desastrosas de un mal inevitable.

Parece, sin embargo, que en la cuestion del adulterio, así el individuo como la colectividad, así las costumbres como las instituciones jurídicas, viven en un compadrazgo brutal.

La justicia humana soporta el adulterio desde el momento en que subroga todos sus derechos en el marido que mata á la esposa infiel y al amante á quienes sorprende en adulterio in fraganti.

Y no es lo malo que el marido mate en tan estremo caso, sino el que sepa á priori que puede matar.

¿Por qué razon abdica la justicia humana en ese trance?

Porque aunque no abdicára, el marido mataria; porque nuestras costumbres y nuestra frivolidad han vinculado en la virtud de la esposa, toda la seriedad y el prestigio del marido; porque la sociedad repugna ménos á la esposa que goza faltando á sus deberes, que al marido que sufre resignado las amarguras de su

suerte; porque, en una palabra, el espíritu de la legislacion en este punto, refleja el irregular comercio en que viven la virtud y el vicio, las preocupaciones sociales y el sentido moral.

Aun no hace mucho tiempo que todos los concurrentes al tiro de pichones, celebraban la certera puntería de un individuo á quien no todos conocíamos.

¿Quién es?—preguntaron á uno de esos que todo lo saben.—Es el amante de la *** contestó, socorriendo la noticia con un guiño sumamente expresivo.

Desde aquel momento, el individuo en cuestion, fué considerado como un sér excepcional, casi maravilloso; y en vez de inspirar la aversion que hubiera causado siendo un ladronzuelo vulgar, despertó un sentimiento de admiracion, parecido á la envidia, siendo el ladron de una honra que comprometia la dignidad, el decoro y el bienestar de una familia respetable.

Y todo esto con una sencillez y un candor irreprochables.

En otra ocasion, y en una capital de provincia próxima á Madrid, tuve el gusto de conocer á un pobre marido, injuriado y lleno de ignominia por las frecuentes infidelidades de su esposa.

Tales y tan públicos eran los escándalos, que un verdadero amigo suyo, creyó llegado el momento de ponerle al corriente de cuanto ocurria, exigiéndole que tomase una resolucion enérgica é inmediata.

—«No te canses—le contestó el marido, llorando amargamente.—Hace muchos años que no ignoro lo que acabas de referirme; hace muchos años que transijo con la sociedad, fingiéndome estraño á mi desventura, y ya vés el papel que desempeño ante el mundo *por amar á mi mujer*.

He llegado á inspirar una simpatía que me deprime y me mortifica: figúrate ahora el juicio que mereceria

á los que me compadecen, publicando yo mismo mi desgracia.

Sufro en silencio, y amo en silencio mis propios sufrimientos.»

. . . .

. . . .

Estos dos casos hablan con sobrada elocuencia para dispensarme de comentariarlos.

Examinando las causas y el orígen de la mayor parte de estos desórdenes, se hallan casi siempre en la contratacion matrimonial; en la diferencia de educacion de los cónyuges, en el egoismo de los padres que consideran el matrimonio de un hijo como una economía doméstica ó un porvenir fastuoso, en la falta de conformidad en los caractéres y costumbres de los contrayentes, y, sobre esta diversidad de condiciones, en la ausencia de un verdadero cariño y de una verdadera estimacion.

Es indudable que, hecha la salvedad de respetabilísimas excepciones, el matrimonio puede considerarse como una contratacion mercantil, de condiciones muy inferiores á las que reunen todas las demás negociaciones; es una série de estafas, nunca interrumpida; una mezcla extraña de ambiciones y de orgullo, de erotismo y de codicias, atentatorias de los altos fines morales para que la institucion fué creada.

Y, fenómeno notable; en esas grandes especulaciones sociales, se advierte tambien el culto exagerado de la forma.

El espíritu se deja alucinar por la felicidad quimérica que forja el deseo; todo lo vé de color de rosa, el hogar, la familia, el honrado trabajo, la ancianidad respetada, etc. etc.

Este es el patron que se procuran para soñar todos los novios, cuando determinan casarse; y pocos muy

pocos, los que no reniegan en silencio del momento en que se casaron, cuando rodeados de todos esos goces, pesan los sufrimientos y la abnegacion con que los han alcanzado.

El cuadro del porvenir, lleno de poesía y de encantos cuando lo pintaba la mente, se llena de figuras reales que van dibujando el dolor y la amargura con una verdad que espanta.

A todos nos alcanza un tanto de culpa en este suave desenfreno con que practicamos la moral: solamente la mujer, es digna de compasion, siquiera porque exigimos de ella una virtud austera, para tener el placer luctuoso de robársela.

Bajo la influencia de estas y otras consideraciones análogas, escribí para el Teatro un drama que el público no recibió con el agrado que yo hubiera deseado.

Por inmoral unos, y otros por realista, dieron en condenar sus tendencias abominables.

Un literato, me decia con una gravedad pasmosa.—No lo quiere Vd. creer; la sociedad no gusta de que le retraten sus propios vicios.—Yo tengo idea más ventajosa de la sociedad que asistió á la primera representacion del drama.

¡Pobre drama! Escrito con el fin más laudable y con el propósito más moral, me valió el dictado de pillo, me conquistó el de atrabiliario *indecente*, que me adjudicó uno de esos espectadores, que todo lo sacrifican á la cultura y á las buenas formas.

En el Teatro no existen más que obras buenas y malas: todos los géneros pueden producirlas excelentes, sino se cultivan en funciones de recíprocos desagravios.

Desde el histórico que tan notables expositores ha tenido en nuestra escena, hasta el drama social tan reclamado por el interés público en esta época de transformacion y de lucha.

Dos palabras sobre la crítica y termino.

No son pocos los que estiman como agente de importancia exigüa ó inútil la crítica teatral.

Establecida con la conveniente independencia y ejercida por personas competentes y de reconocida idoneidad, la crítica es sumamente provechosa á los autores, al público y al arte dramático.

Ella explica la misteriosa relacion que existe entre los fenómenos de accidente y los principios eternos de Naturaleza; ella guia el sentido del público, mejora las aptitudes del autor; y ella, en fin, acelera el movimiento de ambos factores á los fines de una verdadera y necesaria inteligencia.

La tarea es penosa y difícil, porque son muy pocos los que se avienen á reconocer sus propios extravíos.

No importa: la crítica debe ejercerse; todos sus tonos son buenos; desde el grave y severo, hasta el satírico y punzante que acusa las imperfecciones de una obra, estremándolas hasta el ridículo.

Tarde ó temprano, el arte recoge los beneficios de la crítica.

Pero no es posible soportar el desahogo con que unos cuantos caballeros se ocupan de las obras dramáticas, en virtud de una credencial de crítico que ellos mismos se han propinado.

Enemigos irreconciliables ó amigos implacables, idólatras ó iconoclastas, su plan se reduce sencillamente á exponer personalidades privadas á la vergüenza pública, sin advertir que pierden la propia.

Próceres de nuevo cuño, se proclaman superiores, y por diez ó doce duros mensuales, dicen de un autor, lo que por ningun dinero del mundo le dirian cara á cara.

Sus fallos son como los de un consejo de guerra verbal; fusilado ó absuelto.

No puede darse más energía ni más concision.

Verdad es que, no de otra manera, podrian cumplir la mision importante y trascendental que se imponen, y que reclama, fuerza es confesarlo, toda la arrogancia del salteador de caminos, y toda la humildad del mendigo que implora la caridad pública con un puñal en la mano.

Agradeciéndole á Vd. y á cuantos de mi obra se ocuparon, los juicios, favorables y adversos, que les mereció, queda siempre suyo afectísimo y buen amigo,

Francisco Echagüe.

Febrero, 15 de 1880.

EL DRAMA ETERNO.

PERSONAJES.			ACTORES.
MARIA	26 años	Sra.	C. Marin.
EULALIA	19 »	Srta.	L. Calderon.
CARLOS	42 »	Sres.	D. Gimenez.
RAFAEL	29 »		A. Vico.
RAMON	28 »		R. Calvo.

La escena en Madrid, en casa de Cárlos.

ACTO PRIMERO.

Punto de vista, el espectador. Salon de conversacion en casa de D. Cárlos Aguilar, representado por una habitacion cerrada con cuatro puertas laterales, y otra de entrada en el foro. Detrás de ésta un corredor iluminado. El salon amueblado con elegancia. Habrá, precisamente, un sofá próximo á la puerta primera de la derecha, una mesa de centro con papeles, periódicos, etc. y una panoplia colocada convenientemente, donde lo exija la accion del acto tercero. Primera puerta derecha. Habitacion dormitorio de Cárlos y María; segunda, despacho de Cárlos; primera izquierda, habitacion de Eulalia; segunda izquierda, despacho de Ramon.

ESCENA PRIMERA.

RAMON. Un momento despues de entrar, y consultando su reloj de bolsillo.

Las tres próximamente: por lo visto aún están de sobremesa..... pero no tardará en venir D. Cárlos, que no desperdicia ocasion de acariciar sus dichosos pleitos, y..... *(Sentándose.)* hablaremos del asunto del dia, de la causa que ha de verse mañana en estrados, y de los comentarios que sobre ella y muy particularmente sobre él, hace la prensa de la mañana, con ese celo por la moral pública, que tan maliciosa y caritativamente defiende. ¡Siempre lo mismo! Aberraciones del sentimiento que no todas las veces conduce, aunque sea bien entendido, á facilitar la accion regular de las leyes; pero,

en fin, sea de ello lo que quiera, lamentemos lo que deja de hacer por lo que hace, y esperemos á que se aleccione en sus propios errores. Ahora pensemos en lo que más interesa; en vencer esta resistencia que siempre encuentro al tratar de mis asuntos; en sofocar estos alardes secretos de delicadeza y orgullo que solo obedecen á una soberbia mal sentida, y que debo reprimir á todo trance. Se trata de mi Eulalia, de mi único amor, de mi primer amor. No, no quiero esperar más tiempo, no, hoy mismo ha de ser; hoy que su corazon me pertenece, hoy que sus pensamientos son los mios. ¡Tan insondables son los misterios del alma, que mañana pudiera ser tarde! *(Pausa.)* Y desde que Rafael volvió de Méjico, su constante solicitud, su franqueza, todo, en fin, me dá en que pensar. Preságios funestos que acaso forja en mi espíritu timorato la idea de perder á Eulalia..... ¡Pero no! Algo hay en la atmósfera de esta casa que me llena de inquietudes..... que me asusta. ¡Oh! de todas suertes, mi resolucion está tomada, y hoy he de ser fuerte para cumplirla.

ESCENA II.

DICHO y CARLOS, entrando.

CARLOS. Hola! Cómo tan temprano?

RAMON. Que quiere usted..... la costumbre..... Y Maria y Eulalia..... ¿Tan buenas?

CÁRLOS. Ahora saldrán..... Tan buenas: charlando de sobremesa se nos ha pasado el tiempo.

RAMON. Si, ya veo que ha sido larga. Y Rafael?

CÁRLOS. No almuerza en casa; ha querido celebrar los dias con sus antiguos camaradas, y supongo que á estas horas se hallará entre ellos saboreando el recuerdo de épocas más azarosas, pero que él conserva en la memoria con un cariño especial.

RAMON. Eso le honra mucho. *(Se sientan.)*

CÁRLOS. Ya conoce usted su carácter: tiene el corazon de un niño, y hoy es para él un dia de gloria; porque además de la natural animacion que reinará en el almuerzo, donde, como él dice, se discurrirá entre chistes y sentencias acerca de los problemas más graves de la vida, con la independencia y el valor que prestan un buen cigarro y unas cuantas copas de champagne, tiene el pensamiento de ofrecerles una colocacion en sus minas de Méjico, ó aquí, en la casa principal que está montando.

RAMON. ¡Excelente corazon!

CÁRLOS. Y excelentes propósitos; porque la verdad es que no todos en su lugar harian otro tanto.

RAMON. Cierto que no: y hablando de otra cosa, ¿ha visto usted los periódicos de la mañana?

CÁRLOS. No: ¿hay algo de particular?

RAMON. Lea usted: despues del artículo de fondo. Aquí: «La »causa de la calle del Leon.» *(Señalando con el dedo.)*

CÁRLOS. «La causa de la calle del Leon.» *(Leyendo.)* Es casi un artículo.

RAMON. Lea usted, lea usted.

CÁRLOS. *(Leyendo alto.)* «Hé aquí en términos breves la expo»sicion de hechos que se desprende de la acusacion fiscal, »y que por circunstancias casuales no ha publicado nin»gun periódico.

«El dia 14 de Mayo, á las tres de la madrugada, los inquilinos de la casa número 154 de la calle del Leon, despertaron á los gritos alarmantes que en la vecindad se oian. Pocos momentos despues, el inspector del barrio, acompañado del sereno y de dos agentes de órden público, penetraba en el segundo piso de dicha casa.

Despues de recorrer las habitaciones principales, llegaron, guiados por el ruido y estrépito que se escuchaban, á un gabinete interior contiguo al patio.

Al abrirse la puerta se ofreció á su vista un cuadro horroroso: junto á la cama, y tendido encima de un charco de sangre, yacia el cadáver de una mujer: sentado en la cama, y con el traje manchado de sangre, el marido de la que acababa de espirar: de pié en un rincon

del gabinete, apoyada la espalda en la pared y con los brazos cruzados al pecho, otro hombre cuyas manos estaban tambien tintas en sangre. En medio de la estancia, que alumbraba débilmente una lámpara de noche, un estoque roto en dos pedazos. Por el aspecto que presentaba la habitacion, el abatimiento de aquellos hombres y el desórden de los muebles, era evidente que habia tenido lugar una gran lucha, y que se habia cometido un gran crimen. ¿Cuál era el delito y quién el delincuente?..... Por las declaraciones prestadas en el curso de la causa, el marido dice haber matado á su mujer con el estoque del baston del amante, que encontró junto á la cama, por haberla sorprendido *infraganti* en adulterio; el supuesto amante ó ladron, declara que penetró en la casa con objeto de robar, y que encontrándose con el obstáculo de aquella mujer que le estorbaba, la mató con el estoque de su baston; que á los gritos entró el marido, á quien suponia ausente de Madrid; que sostuvo con él una gran lucha, y que no recuerda más.»—Efectivamente, así son los hechos; pero nada tiene de particular, porque nada prejuzga.

RAMON. Siga usted, que aún no termina la relacion, y verá usted como concluye de distinto modo.

CÁRLOS. *(Leyendo alto.)* «La acusacion fiscal pide la última pena para el ladron y asesino, por robo frustrado con allanamiento de morada y homicidio, y la observacion para el marido á quien supone demente: podriamos añadir que la defensa del marido no diferirá sustancialmente de la acusacion fiscal, quedando por lo tanto, la importancia toda de este proceso confiada al talento del reputado criminalista Sr. Aguilar, encargado de defender al amante ó al asesino.»

RAMON. Ahora entra el periódico por su cuenta. Siga usted, siga usted.

CÁRLOS. *(Leyendo alto.)* «La opinion pública aguarda con impaciencia el resultado. El crimen es evidente y claro, el castigo debe serlo tambien.»—Bien: esto no puede evitarse. La prensa cumple con su mision, como yo cumpliré

con la mia: además, todo esto puede referirse á la sentencia, á la defensa jamás.

RAMON. Permítame usted: tambien á la defensa, porque ésta influye en el fallo judicial, y temo que usted con la suya, va á lastimar la reputacion de esa pobre mujer, la de su familia, la de sus hijos quizás.

CÁRLOS. Pero atenúo la criminalidad de mi defendido, porque lo cierto es, y usted lo sabe como yo, que no es asesino ni ladron, sino amante.

RAMON. ¡Lo cierto! Y ¿quién puede vanagloriarse de estar en posesion de lo cierto?

CÁRLOS. Nadie, tiene usted razon, pero á falta de otras pruebas concluyentes, los antecedentes de mi defendido, su conducta bien conocida de todos, hasta su posicion misma, que es desahogada, alejan de mí la opinion de que pueda ser un asesino, ni mucho menos un ladron.

RAMON. Observe usted, D. Cárlos, que para pensar así, es preciso creer en la liviandad de aquella mujer, y usted que es tan justo, no aceptará tal suposicion, cuando todos sus actos eran notoriamente honrados y virtuosos.

CÁRLOS. Sí, muy honrados y virtuosos, es verdad. Sin embargo, el adulterio es de índole distinta que el robo y el asesinato. A él se puede llegar (y esta no es una opinion absoluta), por los estímulos de una pasion mal dirigida, ó por falta de una voluntad bien servida, al paso que el robo y el asesinato revelan, en casos como el presente, perversidad, cobardia, hábitos inveterados del mal, caractéres en fin, que no se adquieren en un dia, en un momento. Créame usted, Ramon, es necesario despojarse del sentimiento, para juzgar con acierto en estos asuntos; yo creo que la verdad proporciona mejores armas para la defensa, que la ficcion más hábilmente urdida.

RAMON. Pero ¿dónde está la verdad, y cómo se la distingue del error? Y sobre todo en este caso, en que él mismo se confiesa homicida en su declaracion.

CÁRLOS. Precisamente esa declaracion no es, á mis ojos, más que un rasgo de caballerosidad, inspirado en un sentimiento extraño de nobleza.

RAMON. Por ese camino va usted á cantar las excelencias del adulterio.

CÁRLOS. No, Ramon, por ese camino yo entregaré el adúltero á los rigores de la ley; pero le salvaré de las consideraciones ominosas con que la sociedad juzga al ladron. La debilidad halla disculpa en muchos, la maldad es siempre repulsiva aún á los más despreocupados.

ESCENA III.

DICHOS, MARIA, en traje de casa. (Ramon y Cárlos se levantan.)

MARIA. *(Entrando.)* Quieto, quieto, quieto.

RAMON. María.....

MARIA. *(Se sientan los tres.)* A estas horas, y en dia de fiesta?

RAMON. Ya sabe usted que para mí no los hay.

MARIA. Si hubiese usted llegado un poco antes, nos encuentra usted en la mesa..... pero voy á decir que nos sirvan café.

RAMON. Muchas gracias, María.

CÁRLOS. Por qué nó?....

RAMON. Es que ya lo he tomado.

MARIA. No insisto; pero ya sabe usted que está usted en su casa.

RAMON. No lo olvido nunca.

CÁRLOS. *(A María.)* Y tu hermana?

MARÍA. Eulalia?..... En su cuarto.

CÁRLOS. Y aquí nos tiene usted consagrados á la familia.....

MARÍA. Y dónde mejor?

RAMON. (Valor!) Pues celebro la ocasion de que nos hallemos reunidos, porque además del placer de saludar á ustedes, hoy me trae á esta casa un objeto especial, personalísimo..... y me voy á permitir..... aunque temo.....
(Entra un criado con varias cartas sobre una bandeja.)

CÁRLOS. Bueno, está bien: las cartas del señorito Rafael, aquí, encima de la mesa..... y para nadie estoy en casa. Siga usted, Ramon, que le escucho con gusto.

RAMON. Como he dicho á ustedes, temo pecar de molesto, y temo tambien que el paso que voy á dar, pueda ser indiscreto

ó parecer poco oportuno: confio de todos modos en la amabilidad de ustedes que sabrá disculpar.....

MARÍA. *(Risueña.)* Grave está usted hoy con nosotros.

CÁRLOS. Usted dirá.

RAMON. (Maldito carácter..... no acierto á expresar.....)

MARÍA. Vamos, Ramon..... estamos casi en familia.

RAMON. Señor D. Cárlos: usted, y esta señora tambien, me han colmado siempre de bondades; así, pues, es deber mio dar hoy.....

CÁRLOS. Adelante!....

RAMON. Pues bien, D. Cárlos: á ustedes que han hecho por Eulalia, tanto seguramente como hubieran podido hacer sus padres; á ustedes que son su único amparo y que conocen la rectitud de mis intenciones, así como mi conducta y manera de ser..... les pido su mano, seguro de que..... *(Titubeando.)*

MARÍA. Adelante, hombre, adelante.

CÁRLOS. ¿A qué seguir más adelante? Y Eulalia, ¿le corresponde á usted?

RAMON. Así me lo ha dicho repetidas veces, y no temo su fallo· consúltela usted, D. Cárlos, y despues.....

CÁRLOS. *(Se levantan todos.)* Fuera aventurado contestar á usted cumplidamente en un negocio que tan oculto de mí ha estado. Yo hablaré de ello con Eulalia, y luego, despues de ver lo que ella dice y de reflexionarlo..... porque.....

RAMON. Es muy natural.

CÁRLOS. En fin, dentro de unos cuantos dias.....

RAMON. Cuando ustedes gusten.

CÁRLOS. Sí; porque mis deberes respecto de Eulalia son quizás más sagrados, que si fuera hija mia.

MARÍA. Eso es verdad.

RAMON. Lo reconozco de buen grado.

MARÍA. *(Sonriente.)* Pero, calma y confianza.

RAMON. *(Dándola la mano.)* María.....

MARÍA. Hasta la hora de comer; y no vaya usted á olvidar que hoy es el santo de Rafael, y que usted es el único convidado, porque lo celebramos en familia.

CÁRLOS. *(Dando la mano á Ramon.)* Y que se come á las siete.

RAMON. Seré puntual: ahora voy un momento al despacho á preparar los apuntes para mañana.

MARÍA. Adios, Ramon.

RAMON. (*Despidiéndose.*) D. Cárlos..... (*Váse.*)

CÁRLOS. Hasta despues.

ESCENA IV.

MARÍA y CÁRLOS: éste paseándose y meditando.

MARÍA. Me parece, Cárlos, que estás disgustado.

CÁRLOS. (*Deteniéndose junto á María.*) Y es sobrado el motivo que tengo para estarlo: dos años ignorando, lo que aquí pasaba, dos años; y despues de tanto tiempo, despues de haberme afanado constantemente, pensando siempre en el porvenir de Eulalia, hallo la recompensa en un sigilo tan indiscreto como poco conveniente.

MARÍA. Ramon me hizo alguna indicacion, no de sus propósitos, sino de sus simpatías hácia Eulalia, y me habló de ella como podria hacerlo otro cualquiera menos interesado que él; y yo tampoco le dí esperanzas, ni habia para qué dárselas, que justifiquen su actitud presente. No obstante, pensando con cordura, debo decirte que Eulalia nada perderia con semejante enlace. A tí, más que á otro alguno, te consta que Ramon tiene su porvenir asegurado.

CÁRLOS. No, no digo que no, ni me opongo tampoco; pero me contraría, porque hubiera deseado..... qué sé yo..... entraba en mis cálculos el casarla con mi hermano Rafael, que como sabes, une á su inmensa fortuna, esa bondad y distincion que á todos cautivan. Además, me parece que ambos se profesaban, no diré un cariño profundo, pero.....

MARÍA. Cállate!.... Casarse Rafael con Eulalia! Yo.....

CÁRLOS. (*Interrumpiéndola.*) Tú, qué? Tú qué sabes?

MARÍA. (*Turbada.*) No..... dices bien..... nada sé: pero hombre, ¿crees que Rafael con sus millones no habrá soñado un partido más ventajoso?

CÁRLOS. Ofendes á Rafael, no le conoces: díme, ¿eras tú ménos que Eulalia cuando nos casamos?

MARÍA. Ni ménos ni más.

CÁRLOS. Es verdad, que tú no te casaste enamorada de mi.

MARÍA. ¡Cárlos!.... ¡por Dios!

CÁRLOS. ¿Fijé yo mi atencion en algo que no fuesen tu limpia virtud y tus muchos encantos?

MARÍA. Tú no conoces á mi hermana.

CÁRLOS. Pero conozco á Rafael y sé que la vanidad no le ciega ni le inquieta.

MARÍA. Además Eulalia es aún muy niña.

CÁRLOS. No, no: á pesar de sus pocos años, su inteligencia es ménos brillante que segura, pero.....

MARÍA. Pero es una chiquilla.

CÁRLOS. ¿Y no lo será casándose con Ramon?

MARÍA. Ramon es otra cosa. Ramon y ella se conocen los génios, y puede decirse que han vivido siempre juntos.

CÁRLOS. A veces el trato de mucho tiempo dá á las relaciones un carácter que no es el más propio para.....

MARÍA. Aqui no pasa eso, porque ya has visto que él desea que se consulte á Eulalia: parece que tienes empeño en.....

CÁRLOS. Empeño ninguno, te engañas. No pretendo hacer de esto un achaque doméstico. Tú misma, cuando la veas, podrás apreciar el interés que tiene; yo, por mi parte, no he de ser un obstáculo á sus deseos.

MARÍA. Siendo así, déjalo á mi cuidado.

CÁRLOS. Si, hija, completamente; pero crēe que me siento contrariado porque Rafael la hubiera hecho feliz.

MARÍA. Tambien la hará su libre eleccion, porque los dos son excelentes.

CÁRLOS. No es puñalada de pícaro: incúlcala tú la importancia del matrimonio. Más tarde.....

MARÍA. Pierde cuidado, ella decidirá.

CÁRLOS. Allá veremos; yo voy á mi cuarto.

MARÍA. No olvides que tienes que salir con Eulalia: voy á avisarla para que se vaya arreglando.

CÁRLOS. Bueno. *(Váse.)*

ESCENA V.

MARÍA.

Este secreto afan que va creciendo de dia en dia!.... Oh! tiemblo solo de pensarlo!.... ¡Locura!.... antes que sucumbir..... no.....

ESCENA VI.

DICHA y EULALIA.

EULALIA. (*Desde dentro.*) ¿Estás ahí, Maria?

MARÍA. Si, ¿no sales?

EULALIA. Vamos, no me había equivocado: ¿con quién cuestionabas tan fuerte? (*Sale vestida en traje de calle.*)

MARÍA. Estaba aquí, hablando con.....

EULALIA. ¿Con Rafael?....

MARÍA. Con Cárlos: pero, dime; ¡ah! no recordaba que vais á salir. (*Observándola el traje.*)

EULALIA. A casa de Ernestina, no te hagas de nuevas.

MARÍA. Es verdad, hija. A vestirse para acompañarte ha entrado Cárlos. Mira, ¿quieres que entretanto hablemos, siéntate, de un asuntillo?

EULALIA. (Esta es mi ocasion.) Tambien yo deseo desde hace dias, confiarte un secretillo; ya verás. ¡Tú me quieres tanto!

MARÍA. Con toda mi alma! ¿Secretillos tenemos, hermana mia?

EULALIA. ¿Ves? Ya no me atrevo..... pero sí..... ¿por qué ocultártelo?

MARÍA. ¿A una hermana? ¡Picaruela! (*Besándola.*) Si yo sé que me quieres mucho, y ¿á quién mejor?

EULALIA. Tú dirás lo que quieras..... pero..... (*Recelosa.*)

MARÍA. Eulalia!....

EULALIA. Es que lo que voy á decirte es mucho más grave de lo que tú te imaginas, y sino fuera porque sé que á nadie se lo has de decir..... no me aventuraria......

MARÍA. A nadie.....

EULALIA. Bueno, pues.....

MARÍA. Algun amorcillo?....
EULALIA. ¡Vaya! ¿Ves?.. Ya lo has adivinado... si no puede una...
MARÍA. Pobrecilla! Cuéntame esos amores.
EULALIA. Prométeme no decírselo á nadie..... ni á Cárlos.
MARÍA. Ni á Cárlos.
EULALIA. Escucha: hace más de dos años que vengo notando..... antes era yo muy niña..... pero ahora..... lo que es ahora..... ya es otra cosa: pues sí, vengo notando cierta inclinacion hácia mí que Ramon, cada dia con solicitud más cariñosa, me demuestra en todas las ocasiones..... Si tú supieras! El pobre..... no..... ya verás, yo..... ¿qué quieres?.... *(María se impacienta.)* Pues hace más de un año que estamos en relaciones.
MARÍA. Hola! hola!
EULALIA. Y relaciones muy sérias. Ramon es muy sério.
MARÍA. Eso ya es algo más que inclinacion; es inclinacion y caida.
EULALIA. Ea!.... no quiero: ya empiezas á burlarte.
MARÍA. Te engañas, Eulalia, no me burlo ni mucho ménos; al contrario, tambien creo yo que Ramon es muy bueno, y muy.....
EULALIA. ¿Y muy qué?....
MARÍA. Y muy apreciable. ¡Ah, tunantuela!.... y tú creerás que á mí se me habia escapado?
EULALIA. No, no; no es eso: precisamente la importancia de mi secreto está en la gravedad de lo que acabo de contarte.
MARÍA. Pues no te entiendo.
EULALIA. No es fácil, porque aún no he acabado de esplicarme... ¡pero si cada vez son mayores mis recelos!
MARÍA. Deséchalos de una vez, mujer!
EULALIA. Hoy..... las circunstancias han variado.
MARÍA. Que han variado las circunstancias?
EULALIA. Por completo.....
MARÍA. Qué dices?....
EULALIA. Que hoy á Ramon no le quiero como le queria antes.
MARÍA. *(Alarmada.)* ¿Que no le quieres?
EULALIA. Quererle sí, y mucho; pero mi cariño hácia él, es el deseo misterioso con que enlazaba mis inocentes ilusiones

del colegio. Aquella calma tan suave, aquel bienestar tan tranquilo que yo esperimentaba á su lado ¡ay de mi!.... Te pido que me perdones María, no eran amor; eran mi inteligencia sencilla que hallaba en la bondad de Ramon, una conformidad agradable; pero pasion no, porque hoy la siento vehemente, grande, inmensa. Hoy, hermana mia, hallo dolores agudos en el placer de la esperanza; en el deseo dudas, alegrías amargas en mi secreto. ¿Es esto amor?

MARÍA. Pienso que sí.

EULALIA. Sí, es amor: amor que turba mi razon y la precipita al desvarío. ¿No sabes? *(Llorosa.)* Sufro mucho y hasta el sufrir me contenta y me hace llorar.

MARÍA. Cálmate! Vamos, enjuga ese llanto.

EULALIA. ¿A nadie se lo dirás, verdad?.... Pero me ayudarás.....

MARÍA. Y ¿quién así?....

EULALIA. Quién? No lo has adivinado?.... Rafael.

MARÍA. Raf..... fael! (Qué es lo que por mi está pasando?) *(Turbada.)*

EULALIA. Quién como él? Tú, es claro, no te habrás fijado; pero digo mal, tambien tú habrás notado en él cualidades que.....

MARÍA. Yo..... si.... *(Turbada.)*

EULALIA. Tan generoso, tan franco, tan gallardo, adviértelo; hay en su trato cierta nobleza de carácter.

MARÍA. Noble es y generoso.

EULALIA. Mucho, y sin afectacion: grande y sencillo á un propio tiempo; y todo con tal naturalidad..... ¡ay! Cuán feliz será la que él ame! *(Llorosa.)*

MARÍA. Calla, infeliz!

EULALIA. ¿Te ha hecho daño mi confesion?

MARÍA. ¿Daño á mi?....

EULALIA. ¿Por qué entonces?....

MARÍA. Desdichada!.... que aún no sabes del amor más que sus halagos y te hacen sufrir. *(La besa.)*

EULALIA. Qué buena eres!

MARÍA. (*Llorosa.*) Buena porque lloro tus penas.

EULALIA. Porque lloras y me besas.

MARÍA. Feliz tú que puedes desahogar tu corazon en el mio!
EULALIA. ¿Y si nó me quiere? *(Llorando.)*
MARÍA. Sí te querrá. *(Conteniendo el lloro.)*
EULALIA. Tú sabes algo, tú me ocultas algo. *(Inquieta.)*
MARÍA. Desdichada te dije, y en algo me habia fundado.
EULALIA. Habla, que tus temores me causan sobresalto.
MARÍA. Tranquilízate! Hace pocos momentos que Cárlos y yo nos ocupábamos de tí.
EULALIA. ¿De mí?
MARÍA. Sí, de tí, porque Ramon ha venido hoy mismo á pedir tu mano.
EULALIA. ¿A pedir mi mano?
MARÍA. Sí..... ¿comprendes ahora?....
EULALIA. Pero eso es imposible.
MARÍA. Piensa que tú misma le has alentado en ese camino; piensa que tú le has hecho promesas que hoy te cuesta cumplir.
EULALIA. Promesas no.....
MARÍA. De otro modo Ramon no hubiera venido. Es demasiado delicado para dar semejante paso, si tú no le hubieras hecho promesas.....
EULALIA. Promesas no..... Y bien..... Cárlos..... tú..... qué le habeis contestado? Oh! no..... Suya amando á otro! Eso nunca!
MARÍA. ¿Ves ahora mi inquietud?
EULALIA. Sí, María; pero considera *(Llorando.)* cuán horrible seria estar casada con otro, amando á Rafael.
MARÍA. ¡Oh, calla!
EULALIA. Es necesario poner pronto un remedio. *(Apurada.)*
MARÍA. Un remedio!.... Y cuál?
EULALIA. Todo es posible ayudándome tú.
MARÍA. (Qué martirio!)
EULALIA. ¿Pero qué le habeis contestado?
MARÍA. Lo hemos aplazado para más tarde.
EULALIA. Ah! bien, tú me salvarás. Seria cruel! *(Se oyen pasos.)* Alguien viene.
MARÍA. (Seria cruel!) *(Absorta.)*

ESCENA VII.

DICHAS, RAFAEL entrando.

EULALIA. (Es Rafael! (*A María.*)

MARÍA.. (Disimula el llanto.) (*A Eulalia.*)

RAFAEL. Señoras mias..... Asi me gusta. ¿Cómo tan vestida? Vas á salir? (*A Eulalia.*)

EULALIA. De visita con Cárlos, pero dentro de un rato; y tú ¿vienes de paseo?

RAFAEL. De mi cuarto, donde hace un momento he entrado. Buenas tardes, María. Os encuentro (*María contesta con una sonrisa*) asi..... como abatidas.

MARÍA. Como siempre, y tú ¿estás cansado?

RAFAEL. No, sino que mandé ayer que enganchasen la berlina para las diez, y una ocupacion imprevista me ha hecho salir antes de casa; y á pié, he dado unas cuantas vueltas por ahi, hasta la hora del almuerzo.

EULALIA. Te habrás divertido mucho!

RAFAEL. Figuraos.....

EULALIA. Bien hecho, yo haria otro tanto.

RAFAEL. En algo se ha de pasar el tiempo; el almuerzo para mis amigos que han dedicado al santo de mi nombre, los epígramas más agudos; la comida con vosotras..... ¿Avisásteis á Ramon?

MARÍA. Si, hace un momento que nos ha dejado.

RAFAEL. Pero volverá?

MARÍA. Si, si está ahí dentro, en su despacho.

RAFAEL. Vamos! Trabajando para la vista de mañana. Qué activo y qué buen muchacho!

EULALIA. ¿Y qué se cuenta por ahi?

RAFAEL. Nada que merezca la pena; con todo, se dice que dentro de pocos dias habrá baile en la embajada alemana.

EULALIA. ¿Iremos?....

MARÍA. Nosotras, ¿á qué?

RAFAEL. A lo que ván todas. ¿Por qué no?

EULALIA. ¿Tú tambien irás?

RAFAEL. Yo no: ya sabeis que á mí me abruma esa etiqueta empalagosa.

MARÍA. Tienes razon que te sobra.

EULALIA. ¿Y se sabe si hay ya algunas familias convidadas?

MARÍA. Irán las de siempre.

RAFAEL. Creo haber oido decir que un periódico cita algunos nombres.

ESCENA VIII.

DICHOS, CÁRLOS en traje de calle.

CÁRLOS. Cuando quieras, Eulalia..... (*A Rafael.*) ¡Hola! ¿Has abandonado ya á tus amigos?

RAFAEL. Dejando entre ellos un mundo de esperanzas que hasta ahora no habian conocido.

CÁRLOS. ¡Vamos! Les has anunciado que pensabas colocarlos en tu casa.

RAFAEL. Algo más: les he colocado á los cuatro, y les he adelantado seis mensualidades, que, como puedes figurarte, serán por este año, y hasta que tomen posesion, una especie de anticipo.....

CÁRLOS. Sí, sin reintegro.

RAFAEL. Es claro, y nada les sobrará para conquistar la paz entre sus acreedores.

CÁRLOS. No te pregunto si te has divertido.....

RAFAEL. Porque ya lo sabes: á éstas se lo estaba diciendo; me he divertido mucho.

EULALIA. Y hace muy bien.

CÁRLOS. Hace perfectamente: yo tambien le aplaudo.

MARÍA. ¡Andando!....que entretenidas (*Levantándose.*) aquí con Rafael, se nos ha pasado el tiempo, y no teneis que perderlo, si quereis encontrar en casa á Ernestina.

CÁRLOS. Yo, ya estoy pronto. (*Se levantan todos.*)

EULALIA. Pues yo hace un cuarto de hora que te estoy esperando; pero aún no es tarde.

CÁRLOS. Ea, vamos.

MARÍA. (*A Eulalia.*) Por si te pregunta Ernestina, no olvides decirle que no vamos al baile.

CÁRLOS. ¿Qué baile es ese?

RAFAEL. El de la embajada alemana. Pero haceis mal en privaros de ir, si os agradan los bailes.

MARÍA. ¿Para qué? Eulalia tampoco tiene empeño.

EULALIA. Yo, maldito! ¿Estoy bien? (*A María, arreglándose.*)

RAFAEL. Estás encantadora.

MARÍA. Aguarda... Ahora estás bien. (*Arreglándole unas cintas.*)

CÁRLOS. Nosotros volvemos en seguida. ¿Han enganchado?

MARÍA. Hace media hora.

CÁRLOS. Pues hasta luego.

EULALIA. Adios.....

(Todos se dirigen á la puerta del foro.)

RAFAEL. Adios..... estás encantadora. (*A Eulalia.*)

EULALIA. Hum!..... burlon! (*Vánse Cárlos y Eulalia.*)

MARÍA. Adios!....

(Al marcharse Cárlos y Eulalia, María se vuelve en direccion á su cuarto. Rafael la sigue para aprovechar la ocasion de hablarle á solas. María se detiene como fascinada, en el momento en que va á pasar por delante del sofá próximo á su cuarto. Rafael queda apoyado en el respaldo del sofá: María acaba por sentarse y permanece durante la siguiente escena, con la vista fija en el suelo.)

ESCENA IX.

MARIA, RAFAEL, despues RAMON.

RAFAEL. María..... huyes de mí apresurada.....

MARÍA. Rafael!....

RAFAEL. María, te afanas en vano. Ni á levantar la vista del suelo te atreves, y aún te empeñas en luchar.

MARÍA. Compasion..... Rafael!

RAFAEL. Compasion! ¿Es ménos acaso el amarte que el compadecerte? ¿Ménos el vivir en tus sufrimientos, en tus angustias?

MARÍA. Baja la voz!

RAFAEL. ¿Tienes miedo?....

MARÍA. Por piedad!.... Baja la voz!.... (*Pausa.*)

RAFAEL. Dime que me quieres.
MARÍA. Rafael..... me ofendes.
RAFAEL. Contesta.....
MARÍA. Me haces temblar de miedo, y enrojecer de vergüenza.
RAFAEL. (*Exaltado.*) De amor!....
MARÍA. Pueden oirnos! (*Pausa.*)
RAFAEL. María, ¿me apartas de tí?
MARÍA. Es mi deber..... (*Interrumpiéndole.*)
RAFAEL. Tú deber! ¿Imploras por tu deber? Cuando el alma siente contento y el corazon está lleno de amor, el deber no basta para estinguirlo: dá, por el contrario, idea más clara de su grandeza. Mira el espacio cuando apenas basta á contener la tormenta: cruza el relámpago por entre las apretadas nubes pardas, y su resplandor ilumina aquellas moles gigantescas, que parecen seguirle desatadas y rugientes: así es el deber, pequeño para resistir el embate de las pasiones, y grande para alumbrar su inmensidad.
MARÍA. ¿Nada te dice la conciencia?
RAFAEL. Amor me grita la conciencia, y amor te grita la tuya; por eso eres cobarde; por eso no la puedes vencer. (*Pausa.*) No te dès á batallar inútilmente, y dime, Maria, que me amas, dime que.....
MARÍA. (*Asustada.*) No, eso no es verdad.
RAFAEL. ¿Lo ves? ¡Si hasta la mentira te acusa!
MARÍA. Rafael!.... Me pierdes!
RAFAEL. Busca tu redencion en mi amor.
MARÍA. Si nos oyesen!...
RAFAEL. ¿Y quién puede oirnos? Cárlos y Eulalia están fuera.....
MARÍA. Eulalia!....
RAFAEL. Sí.....
MARÍA. Eulalia que está encantadora.
RAFAEL. Pobrecilla!....
MARÍA. ¡Y que te quiere mucho!....
RAFAEL. María... .
MARÍA. ¿Te molesta el recuerdo de Eulalia?
RAFAEL. María!....
RAMON. (*Entrando*) Estoy buscando un apunte, y voy á ver si

lo ha dejado D. Cárlos por aquí..... quizás entre estos periódicos.....

(Al verse sorprendidos por Ramon, Rafael que durante toda la escena ha estado apoyado en el respaldo del sofá, se separa de él, y se pone con Ramon á buscar el documento, entre los papeles que hay encima de la mesa del centro: María se levanta avergonzada.)

RAFAEL. *(Turbado.)* No sé; acaso esté por aquí.

MARÍA. *(Turbada.)* Aquí no ha estado más que un momento. (Qué vergüenza!)

RAMON. Pues no está aquí tampoco.

RAFAEL. No, no está.

RAMON. Me vuelvo á mi despacho. (¿Será verdad lo que veo?)

MARÍA. ¿Se vá usted ya?

RAMON. Sí, ya lo encontraremos.

RAFAEL. Maria!.... Una palabra nada más, María!

MARÍA. *(Con la vista baja.)* Rafael!....

RAFAEL. *(Exaltado.)* Dime que me quieres.

MARÍA. Rafael, es imposible!

RAFAEL. *(Exaltado.)* María!....

MARÍA. Imposible!.....

(Entra en su cuarto. Rafael queda por un momento absorto. Se sienta en el sofá, dejando caer la cabeza entre las manos.)

ESCENA X.

RAFAEL.

¡Oh! Cuán horrible situacion! ¿Estaré ofuscado y será mi vanidad la que me engaña con halagos tan crueles?..... No, no..... María es mia; que tiene el amor verdadero momentos en que todo fingimiento es inútil; que más subyuga, cuanto más se esquiva. ¡Y cómo daña el dolor que se halla buscando la dicha! Eh! A un lado este continuo sufrir que solo me proporciona ardores en la cabeza, y que turba mi razon en vez de despejarla! María es mi vida, y yo no puedo, ni quiero suicidarme en aras de esa virtud que la conveniencia de los más ha dictado á los

ménos. Mi amor es puro y grande: él despierta en mi afectos desconocidos, y me descubre horizontes infinitos de bondad que embargan todo mi sér. Cese, pues, de una vez esta fiebre que me devora, y que presenta á mi mente encontrados pensamientos y confusos. ¡Qué me importa tropezar con dificultades, cuando si las allano, cediendo á consideraciones que no siento, he de tropezar conmigo mismo, y soy capáz hasta de destrozarme por conseguir su amor! Hay en la naturaleza de las pasiones, movimientos cuyo secreto guarda el silencio, y cuya magestad no bastan á turbar, ni el ruido que murmura la hipocresía, ni la vanidad de los que azotan su propia impotencia con preceptos y reformas de la moral. ¡Bendita sea cien veces esta pasion que me dá con sus dolores, la medida del placer!.... Eulalia!.... ahora voy comprendiendo..... sí..... otra cosa no podia ser..... ¡celos..... y me decia que era imposible!.... Ay! María! María!.... *(Se dirige hácia el foro.)*

ESCENA XI.

DICHO, RAMON saliéndole al encuentro.

RAMON. Dos palabras.....

RAFAEL. Hola! ¿Es usted Ramon? ¿Qué es eso?

RAMON. Desearia que me prestase usted breves momentos de atencion. Usted me dirá si le causo alguna molestia.

RAFAEL. Molestia! Ninguna. Veamos de qué se trata, y ya sabe usted que siempre estoy á su disposicion.

RAMON. Gracias, si usted quiere nos sentaremos.

RAFAEL. Como usted guste. *(Se sientan.)*

RAMON. Rafael; el asunto sobre que ha de versar nuestra conversacion, es tan delicado de suyo, que solo á un amigo, ¡qué digo á un amigo! Solo á un hombre de condiciones excepcionales, me atreveria á confiárselo.

RAFAEL. Crea usted, Ramon, que.....

RAMON. Vá usted á decir que le soy enojoso, y vá usted á decirlo con razon; pero, amigo mio, para mi esta cuestion es de vida ó muerte.

RAFAEL. Hábleme usted con entera libertad.

RAMON. Muchas gracias.

RAFAEL. Vamos á ver, ¿qué es ello?

RAMON. Usted ya conoce á Eulalia.

RAFAEL. ¿A Eulalia? Hágase usted cargo; por más que hace solo unos cuantos meses que la conozco, al fin, es de la familia.

RAMON. Pues bien, Eulalia á quien he tratado y trato con el cariño de un hermano, constituye hoy mi única esperanza, mi aspiracion constante! ¡Si supiera usted lo que me cuesta el hablar de ciertas cosas! Pero, en fin, ello ha de ser. Eulalia es una niña, un ángel. Llena de perfecciones y de cualidades, tiene, sin embargo, en su manera especial de ser, una tendencia irresistible, un sentimiento esquisito de todo lo grandioso, de todo lo nuevo. ¿Cómo se lo diré á usted? Un instinto poderoso de todo lo bello, que sin darse ella misma cuenta, se convierte en un culto, en una idolatría por el objeto que la impresiona. Esta consideracion me tiene hoy en un estado de ansiedad grande; porque para mí el perderla, el verme privado de su cariño, seria un golpe fatal, un desconsuelo sin límites.

RAFAEL. Perfectamente; pero, si usted cuenta con su cariño; quiero decir, si ustedes, como suele decirse, están en relaciones amorosas, no acierto á esplicarme los temores de usted, ni adivino á la verdad, el papel que en este asunto me corresponda.

RAMON. Mis temores!.... Son grandes, Rafael, porque ha de saber usted que desde hace dos ó tres meses, noto en Eulalia, no diré un apartamiento completo de mí, pero si una frialdad en su trato, que no tiene razon de ser, inesplicable. Hace dos años que nos hemos prometido ser el uno para el otro: aún más; usted que es de la familia, debe saberlo todo: sepa usted que hoy mismo la he pedido en matrimonio á D. Cárlos y á su esposa.

RAFAEL. Ha hecho usted ya cuanto podia en el asunto.

RAMON. Así es; pero ya le he esplicado á usted el carácter de Eulalia, impresionable hasta la exageracion.

RAFAEL. Y mis hermanos, ¿qué le han contestado á usted?

RAMON. ¿Qué queria usted que me contestasen? Ahí están mis recelos: lo que es muy natural, que consultarian con ella, y que hablariamos despues. Eso es muy justo, lo comprendo; pero figúrese usted que Eulalia hubiese variado en su cariño hácia mí: ¡ella que es el mismo candor!

RAFAEL. ¡Creo que aventura usted demasiado!

RAMON. ¡Si no sé lo que me digo! Pero si otro nuevo cariño hubiese despertado en su corazon.....

RAFAEL. ¿Usted ha hablado con ella?

RAMON. Sí y no: en estos últimos tiempos, confieso que yo mismo he sido poco espansivo con ella, que he permanecido algo retraido. Mi carácter tambien es encogido, y.....

RAFAEL. Vamos con calma. ¿Usted ha notado en mis hermanos alguna prevencion? ¿Cree usted que el paso dado por usted les haya mortificado?

RAMON. No, no, nada de eso; por el contrario, si he de serle á usted franco, me parece que á María no le desagradaria mi casamiento con Eulalia.

RAFAEL. (*Alarmado.*) ¿A María?

RAMON. Sí.

RAFAEL. (Qué rayo de luz!) Siga usted.

RAMON. Las mujeres, calculan ménos que nosotros en materias de amor, y gustan poco de quilatar condiciones ni conveniencias. Ella ha visto crecer el nuestro de dia en dia, y no me extraña que hoy vea, hasta con interés nuestra boda. (*Pausa.*)

RAFAEL. ¿Cree usted que María tiene verdaderamente interés en que se realice?

RAMON. Creo buenamente haberlo notado en ella.

RAFAEL. ¿No se engaña usted?

RAMON. Es posible, pero no lo creo así.

RAFAEL. (Ahora veo claro.) Bueno, usted me dirá..... qué puedo yo.....

RAMON. Mi pretension, Rafael, más que un ruego, es una esplicacion amistosa.....

RAFAEL. Veamos.....

RAMON. Como yo, usted tambien tendrá su pensamiento en el cariño de alguna mujer. ¿quién no le tiene?

RAFAEL. (*Receloso.*) (¿A dónde irá á parar?)

RAMON. Acaso cifre usted su ventura en ella, como yo en Eulalia.

RAFAEL. (*Receloso.*) (Conviene alejar toda sospecha.)

RAMON. No, no pretendo que me diga usted quién es ella: me basta con que usted me declare que..... no es Eulalia.

RAFAEL. (Valor!) Nada, en efecto, (*Afectando indiferencia.*) se me ha ocurrido decir á Eulalia..... pero ¿por qué no habia de gustarme?

RAMON. (*Exaltado.*) Oh, no!....

RAFAEL. Ramon!.... (*Se levantan.*)

RAMON. (*Exaltado.*) Oh! no; no es ella... .

RAFAEL. Ea! Acabemos. ¿Viene usted á pedirme un consejo, ó viene usted á dármelo?

RAMON. Vengo á decirle á usted, que (*Con dignidad.*) mañana quizás sea tarde para mí.

RAFAEL. Y á exigirme que.....

RAMON. (*Interrumpiéndole.*) Rafael, yo no exijo.....

RAFAEL. Basta!.... (*Se oyen pasos.*)

ESCENA XII.

DICHOS: CÁRLOS, EULALIA y despues MARÍA.

CÁRLOS. Vaya! No direis que hemos sido pesados. (*Se quita el abrigo.*)

RAFAEL. No, la visita ha sido verdaderamente corta.

EULALIA. (*A Ramon que está absorto.*) No te he visto en todo el dia!....

RAMON. (*A Eulalia.*) Mis ocupaciones..... (Tenemos que hablar.)

RAFAEL. (*A Eulalia.*) ¿De modo que no has podido ver á tu amiga?.. .

EULALIA. Casi casi me alegro, porque yo no sé negarme á ninguno de sus caprichos, y apostaria cualquier cosa á que ella no deja de ir al baile.

CÁRLOS. Pues mira, hija mia, aún os queda tiempo para decidiros; por mi.....

RAFAEL. Ya os animareis.....

EULALIA. Te equivocas.
RAFAEL. Allá veremos.....
CÁRLOS. ¿Y usted, Ramon, piensa ir?
RAMON. No señor, yo no tengo relaciones en esa sociedad..... ni los bailes llaman ahora mi atencion.
CÁRLOS. Nos resignarémos á que nos cuenten qué tal ha sido.
RAFAEL. (*Riéndose.*) Ó irémos tú y yo.
CÁRLOS. Tú debias ir.....
MARÍA. (*Entrando.*) ¿Ya estais de vuelta tan pronto?
EULALIA. Has acertado: Ernestina habia salido con su madre.
CÁRLOS. Qué diablo! Irémos mañana: es decir, ireis vosotras, porque yo estaré ocupado.
MARÍA. Mañana ú otro dia..... no me siento muy bien.
CÁRLOS. (*Alarmado.*) ¿Estás mala?
MARÍA. No, no es cosa de cuidado.
CÁRLOS. En efecto, estás algo desmejorada.
EULALIA. (*Yendo al lado de María.*) Cómo! ¿Te sientes mal?
MARÍA. La cabeza un poco débil, pero no es nada.
CÁRLOS. Mira, te arreglas y sales á dar un paseo en coche antes de comer: la berlina está aún enganchada. Eulalia te acompañará.
EULALIA. Bien pensado: el dar una vueltecita por ahí te hará mucho bien.
MARÍA. ¡Un valido!..... eso es frecuente en mí, pero es tambien pasagero.
RAFAEL. (*Acercándose á María.*) Yo tambien creo que no harias mal en salir á dar un paseo.
EULALIA. Sí, anda: vístete en un momento, y vámonos.
(*Eulalia se vá al estremo opuesto de donde está María, á recoger el manguito y los guantes, que al entrar dejó encima de una silla.*)
CÁRLOS. (*Con interés.*) Eso es lo que debes hacer.
MARÍA. Bueno, pues ahora me arreglaré y saldrémos.
RAMON. (¡Cuánto más lo pienso!.....)
CÁRLOS. (*A Ramon.*) ¿Lo tiene usted todo preparado?
RAMON. Todo, solo me falta un apunte.
CÁRLOS. Sí, la nota referente á un testigo. Espere usted.
(*La busca entre los papeles del bolsillo.*)

RAFAEL. (*A María.*) (Estás padeciendo y haciéndome sufrir!)
MARÍA. (*Bajando la vista.*) (Calla!)
RAFAEL. (No, que has de quererme!)
(Cárlos le dá á Ramon la nota que ya ha encontrado.)
CÁRLOS. Aquí está. ¿Es esta?
RAMON. (*Tomándola.*) Precisamente.
RAFAEL. (*A María con energía.*) (¿No?)
MARÍA. (*Bajando los ojos, despues de mirarle atemorizada.*) No... *(Rafael exaltado abandona la proximidad de María, y se vá á colocar cerca de Eulalia, que está concluyendo de ponerse los guantes.)*
RAMON. (*A D. Cárlos.*) Antes ó despues de comer, es preciso que echemos una ojeada; pero ya digo, creo que está todo completo.
RAFAEL. Tú ya estás vestida, ¿no es eso?
EULALIA. ¿Por qué me lo preguntas?.... Si..... ¿es que no te gusta el traje que llevo?....
RAFAEL. Mucho, pero es porque lo llevas tú, que me gustas mucho más. (*Mirando á María.*)
EULALIA. Anda!.... burlon!
CÁRLOS. Dí luego que no está galante contigo. (*A Eulalia.*)
EULALIA. (*Cortada.*) Yo no he dicho eso.
RAFAEL. ¿Eso ha dicho? Despues decís que sabeis leer en el corazon de los hombres!....
(María que oye el diálogo entre Rafael y Eulalia se siente desfallecer.)
MARÍA. (*Pasándose la mano por la frente.*) (Me faltan las fuerzas.....)
RAMON. (*Con energía.*) (Rafael!)
RAFAEL. (*Afectando indiferencia.*) ¿Qué hay?
(En este momento María cae en el sofá desvanecida. Eulalia que la ha visto palidecer y caer, se dirige corriendo hácia ella.)
EULALIA. María! María! Se ha puesto mala!....
(Todos se dirigen á ella y la rodean.)
CÁRLOS. María!....
EULALIA. (*Llorosa.*) María!....
RAMON. Que traigan un poco de agua, alguna esencia.....

(Cárlos y Eulalia se dirigen precipitadamente hácia el foro: María queda sola con Ramon que examina su pulso, y con Rafael que está como asustado de su obra.)

CÁRLOS. (*Gritando.*) Aquí!.... ¡pronto!....

MARÍA. (*Volviendo en sí.*) Raf..... fael!.... Rafael!....

RAMON. ¡Oh!....

RAFAEL. *(A Cárlos y á Eulalia.)* Ya vuelve en sí. *(A Ramon que la sostiene la cabeza.)* ¿Qué quiere? Qué dice?

RAMON. (*Con intencion á Rafael.*) (Llama á Rafael!

RAFAEL. *(Con imperio.)* (Silencio!)

(En este momento Cárlos y Eulalia se acercan á María; Eulalia se arrodilla cogiéndole las manos. Cárlos la pasa la mano por la frente. Rafael se aparta del grupo, absorto. Ramon se acerca á él, y con energía, pero sin que nadie pueda oirle más que Rafael, le dice:)

RAMON. (Quien á hierro mata, á hierro muere!)

(Empieza á caer el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

RAMON y MARÍA. Ramon, sentado en un sillon. María sale de su cuarto para volver al comedor.

MARÍA. ¿Qué es eso? ¿Nos abandona usted ya?

RAMON. *(Levantándose.)* No, pero necesito descansar un poco: con un festin tan seductor y con tanto hablar, temo que la comida me haga daño.

MARÍA. Haga usted lo que yo, callar y escuchar. ¡Vamos! ¡andando! que van á servir el café y los cigarros, y eso para ustedes los hombres, es artículo indispensable.

RAMON. Ahora voy, en seguida.

MARÍA. Pues le esperamos á usted. Tampoco estoy yo muy buena: pero en un dia como hoy, hay que hacer de la flaqueza fuerza. Cárlos y Rafael han preguntado por usted.

RAMON. Ahora voy, María.

MARÍA. ¡Que tiene usted sola á Eulalia! *(Váse.)*

RAMON. Esto más! Dios mio!

ESCENA II.

RAMON, *sentándose.*

Verdaderamente no sè lo que es de mi. ¡Cómo corre el tiempo y cómo corren las horas, dejando en cada minuto, en cada momento, un recuerdo triste y frio del pasado! Ya todo empeño es inútil, toda presuncion infundada: ilusiones, y nada más que ilusiones todos mis propósitos. Quiero negarme à la realidad, y la realidad me amenaza, y me abruma, y acaba por reducir mi ánimo á los estremos de una quietud vergonzosa, que más parece la inquieta conformidad del criminal, que la prudente resignacion del vencido..... Eulalia! Mi Eulalia!.... Pero ¿à qué doy tanta tortura à mi imaginacion? Aún me parece verla fascinada por las galanterias que Rafael le ha dirigido esta tarde, sentarse à la mesa llena de emocion y contento, buscando codiciosa las miradas de Rafael..... que Maria no sabia como esquivar. No, no; es imposible..... *(Pausa.)* Decirselo todo à María..... ¿Y si es culpable? ¿Quién sabe, quién puede calcular hasta donde llegarian estas desdichas? Y si es inocente y lucha, y es fuerte para vencerse, ¿quièn puede medir las consecuencias de un paso dado con tanta impremeditacion? No sé lo que me digo... Llamaré à D. Cárlos, apelaré á su sensatez, à su caràcter... si..... todo lo sabrá: el hombre digno y reflexivo encuentra satisfacciones haciéndose superior á sus propios infortunios; pero ¿y si ama à su esposa?..... Eso se dice fácilmente. ¡Sobreponernos á las desgracias que nos afligen! Y ¿quièn puede sobrellevarlas con ánimo resuelto, en el momento en que nos abandonan la dicha y la alegría!.... ¡Tampoco! Yo no debo causar tan grave herida al hombre que me dá generosamente reputacion, amistad y fortuna; que viva tranquilo, ya que no me es dado turbar la felicidad que sueña. *(Pausa.)* ¡Miseria humana! Mi silencio, criminal como es, responde á más exigencias del mundo, que la verdad misma, si yo diera

en hablarla. *(Pausa.)* Tiene razon, tiene razon Rafael: cuando las pasiones alcanzan su grado estremo, se desbordan y avasallan ó destruyen cuanto encuentran á su paso. No me es posible despejar este camino sembrado de respetos y consideraciones, sin causar males muy graves, pero puedo ocasionar un mal mucho mayor, sin que el interés más esquisito se vea perjudicado. Atentar á mi vida exponiéndola en un duelo con Rafael; que es una infamia el duelo, que es una cobardía, ya lo sé; pero rodeado de miserias y de infamias, sin medio honrado para vencerlas, el más cobarde es el más valiente, cuando llegando hasta el mismo crímen, se sacrifica por borrarlas. ¡Tiene razon! Oh, sí, y mucha! Naturaleza acaba siempre por triunfar; y esta vez no quiero negarme á la mia. Mi muerte ó la de Rafael: ese es el precio que reclama la tranquilidad de esta casa: un cadáver. Pues sea: él ó yo!

ESCENA III.

DICHO y EULALIA entrando por el foro.

RAMON. (Eulalia.....)

EULALIA. María acaba de decirnos que te habia dejado aquí, algo triste y pensativo.

RAMON. Y qué, ¿te ha encargado María acaso que vengas á buscarme?

EULALIA. No: parece que al hacerme esa pregunta quieres reconvenirme.

RAMON. *(Con cariño.)* ¿Reconvenirte á tí? No, Eulalia.

EULALIA. Pues díme: ¿por qué no estás á la mesa con nosotros?

RAMON. Porque no estoy tan bueno como yo quisiera.

EULALIA. ¿Te sientes mal?

RAMON. Me siento algo fatigado: y tú venias....

EULALIA. Qué memoria! ¿Es decir que no sabes aún á lo que vengo?

RAMON. No, como no me lo recuerdes.....

EULALIA. ¿Qué me has dicho esta tarde?

RAMON. Esta tarde, ¿cuándo?

EULALIA. Esta tarde, al volver con Cárlos de casa de Ernestina,—«Tenemos que hablar»—me dijiste.

RAMON. Sí, es verdad; y ¿has querido aprovechar esta ocasion, ó es María quién te ha aconsejado que vengas ahora?

EULALIA. Tonto! ¿Acaso sabe María nada de esto?

RAMON. Siento que por mí hayas dejado la mesa, donde de seguro estarias embelesada escuchando á Rafael.

EULALIA. Te digo que estás rarísimo; pues si les dejo conversando, y vengo á donde tú estás, claro es que doy preferencia á lo que vás á decirme. Además, María les hace el tercio á las mil maravillas; y si tú no nos hubieses abandonado...

RAMON. Entonces, ¿qué?....

EULALIA. ¿Qué, qué? Entonces estaríamos allí todos, y no me veria yo hecha una muñeca, sin poder meter baza.....

RAMON. Es decir que tú.....

EULALIA. Pues claro!.... que Rafael hace el gasto con Cárlos, y como Cárlos no sabe hablar más que de una cosa, la conversacion para ser general..... Yo no sé por qué te has levantado tan pronto!....

RAMON. *(Con interés.)* Sigue, sigue: la conversacion.....

EULALIA. La conversacion..... figúrate..... para sobremesa es de lo más agradable; el dichoso asunto de mañana.....

RAMON. La causa que ha de verse mañana. ¿Y qué dicen?

EULALIA. Nada que valga un comino: discutir sobre la reputacion de la pobre asesinada; sobre si era ó no culpable.

RAMON. Y Rafael y María..... ¿qué opinan?

EULALIA. Pero ¿qué han de opinar? Mirarse los dos como unos simples y callar: si tú estuvieras allí, podrias discutir con Cárlos, y nosotros formaríamos nuestro grupo aparte.....

RAMON. ¿Con Rafael?....

EULALIA. Y con María.

RAMON. (¡Infeliz!)

EULALIA. Vamos, á tí te pasa algo, porque nunca te he visto tan preocupado.

RAMON. No te lo quiero ocultar, sí lo estoy y mucho.

EULALIA. Y debe ser algo grave, cuando te preocupa hasta el punto de perder la memoria.

RAMON. Y tanto! ¿Quieres que hablemos un rato á solas?

EULALIA. Si no he venido á otra cosa!

RAMON. Pues siéntate..... aqui.
(Señalándole una butaca y yendo á buscar una silla.)

EULALIA. (*Mientras Ramon vá por la silla.*) (Tenia razon. María al decirme que viniera á verle ahora: vale más que tengamos una conferencia, y así voy preparando.....)

RAMON. (*Sentándose en la silla.*) Escúchame con atencion y con calma.

EULALIA. Ya te escucho.

RAMON. Eulalia, desde que te conozco.....

EULALIA. (*Con la vista baja.*) (Valor!)

RAMON. No sé como decírtelo.

EULALIA. (*Con la vista baja.*) Tú dirás......

RAMON. Eulalia, ¿me quieres mucho, de veras?

EULALIA. *(Con la vista baja.)* ¿Y tú me lo preguntas?

RAMON. Hazte cargo de mi ánimo cuando eso te pregunto, despues de tantas protestas de cariño como nos hemos hecho.

EULALIA. (*Con la vista baja.*) ¿A qué viene eso ahora?

RAMON. *(Exaltado.)* Pero Eulalia, ¿me quieres mucho? Necesito que me lo digas.

EULALIA. (*Con la vista baja.*) Demasiado lo sabes: te quiero casi más que á un hermano.

RAMON. Oh! no es eso.

EULALIA. ¿Dudas de mi cariño?

RAMON. No sé si debo dudar al verte buscar términos con que compararle.

EULALIA. Nunca te he visto tan exaltado.

RAMON. Es que nunca han sido, ni tan grande mi ansiedad, ni tan necesarias estas esplicaciones, porque temo, Eulalia, que voy á perder tu cariño, y temo que voy á perder la razon.

EULALIA. Estás alucinado..... quizás por suposiciones que no son ciertas.

RAMON. No, no es alucinacion, Eulalia. Consulta tu corazon y díme si tú eres la misma que has sido hasta hoy para conmigo. Examina si tu conducta de siempre es la que observas estos últimos tiempos, y no añadas á mis pesadumbres, el dolor de una nueva ficcion.

EULALIA. Te digo, Ramon, que no me juzgas bien, y que haces

mal en tratarme con tanta dureza. ¿En qué he podido faltarte?

RAMON. Tambien es posible, porque el temor abulta los peligros cuando no los crea. Es decir, que tú eres para mí la Eulalia de siempre!....

EULALIA. No sé por qué has podido dudarlo.

RAMON. Ah! no sabes el bien que me haces! Eulalia, me devuelves la vida!....

EULALIA. Y la razon; porque hace un momento no la tenias muy completa.

RAMON. Hace un momento..... ¿para qué negártelo? Hace un momento estaba tan fuera de mi, que si hubiese sabido de alguno que tratase de arrebatarme tu corazon, me hallaba decidido á arrancarle la vida!

EULALIA. Qué horror!

RAMON. Pero no, cálmate; ya todo es bien distinto.

EULALIA. Pero ¿qué causa ha podido entregarte á tales arrebatos?

RAMON. No quieras saberlo.

EULALIA. ¿No vas á decírmela?

RAMON. Préstame la confianza de ocultártela..... más tarde.....

EULALIA. Como tú quieras.

RAMON. Ahora, ocupémonos de nosotros, de nuestro porvenir.

EULALIA. ¿Alguna nueva complicacion?

RAMON. No, Eulalia. Hoy mismo, esta tarde, he pedido tu mano á D. Cárlos y á María.

EULALIA. (*Confusa.*) ¿Mi mano?....

RAMON. Sí, tu mano de esposa. ¿Te habré disgustado al hacerlo?

EULALIA. No, no digo eso; pero.....

RAMON. (*Exaltado.*) Pero ¿qué?

EULALIA. No te alteres.....

RAMON. ¿Pero qué? Concluye.....

EULALIA. Me parece que.....

RAMON. ¿Te parece mal?....

EULALIA. (*Interrumpiéndole.*) No, pero creo apresurado el casamiento antes de cumplir diez y nueve años.....

RAMON. (*Exaltado y levantándose.*) Dí más bien que no me amas; dí que.....

EULALIA. (*Se levanta.*) Yo no he dicho eso.

RAMON. (*Exaltado.*) No, si lo digo yo: di más bien que piensas en otro hombre y.....

EULALIA. Ramon!

RAMON. Y aún me preguntabas la causa de mis arrebatos! ¿Tú? Tú que has alimentado esta pasion para matarla con una indiferencia, que ahora.....

EULALIA. Ahora, como antes, todo esto es una obcecacion tuya.

RAMON. No, no formes empeño en disuadirme. Hace algun tiempo que presiento este cruel desengaño: he podido creer en tus palabras, porque el bien perdido enloquece, cuando creemos recobrarle.

EULALIA. Ahora sí que estás loco, y loco de atar.

RAMON. (*Con dignidad.*) Ni una palabra más sobre este asunto. Si una impresion pasajera ha influido sobre tí hasta el estremo de hacerte olvidar nuestras relaciones amorosas...

EULALIA. Pero.....

RAMON. Déjame concluir, y déjame ser digno cuando ménos. Mi deber es respetar tu veleidad, ya que otras razones me impiden corregirla. Si yo conservára sobre tu pensamiento y tu corazon el dominio que antes tenia... yo te presentaria lo porvenir lleno de soluciones imposibles y de vergüenzas...

EULALIA. (*Ofendida.*) ¿Qué dices?

RAMON. Digo, Eulalia, que corres tras de un fantasma.....

EULALIA. Ramon!

RAMON. Que amas á un hombre indigno de tu pasion.

EULALIA. Oh! basta....

RAMON. Y para castigo de tu insconstancia, ese hombre ama á otra mujer que no eres tú; á otra mujer cuya impudencia y refinada liviandad la colocan en concepto tal, ante la estimacion pública, que hasta el desprecio seria un miramiento mal tenido con ella.

EULALIA. (*Exaltada.*) Mientes!

RAMON. Oh! Comprendo tu indignacion.

EULALIA. Mientes!

RAMON. (*Con amargura.*) ¡Qué miento! Por tí Eulalia, siento que no aciertes; pero por tí tambien, Eulalia, y por tu amor perdido, que me exalta de nuevo, y de nuevo me enardece, te juro que he de hallar mi muerte ó la suya...

EULALIA. Oh! Calla!

RAMON. Asi terminarán mi desesperacion y mi dolor; asi pondré remedio á las injurias que me atormentan.....

EULALIA. ¿De injurias hablas despues de las que acabas de proferir?

RAMON. De injurias y de bajezas.

EULALIA. Aparta de mí!

RAMON. Te dejo, sí: aún me llamarás en tus aflicciones, cuando el desencanto llene tu alma.

EULALIA. Jamás!

RAMON. *(Marchándose.)* Oh qué pena! Dios mio!

ESCENA IV.

EULALIA, despues MARÍA. Eulalia agitadísima y llamando á María desde la puerta del cuarto de ésta.

EULALIA. María.... María!

(Viendo que no responde, hace sonar un timbre de mesa: aparece Antonio.)

A la señorita que venga, que la estoy esperando *(Vase Antonio.)* Un duelo; bien claro lo ha dado á entender: un duelo con Rafael!.... Es preciso evitarlo á todo trance!.... no puede ser!.... yo no quiero!.... Pero esa mujer á quien ama..... ¿Quién es esa mujer?.... ¿Quién es?

MARÍA. *(Entrando.)* Antonio dice que me llamas.

EULALIA. Ah, sí!

MARÍA. Vamos á ver..... Pero qué sofocada estás..... ¿Habeis hablado?

EULALIA. ¿Por qué me aconsejaste?....

MARÍA. Pero, vamos, ¿qué es ello?

EULALIA. Que todo se rebela contra mí; que Rafael no me quiere... que ama á otra mujer!....

MARÍA. ¿Estás loca?

EULALIA. Creo que sí.....

MARÍA. Vamos, serénate y cuéntame.....

EULALIA. *(Muy apenada.)* ¿Qué he de contarte?

MARÍA. Todo lo que habeis hablado.

EULALIA. Si yo misma no puedo esplicarme.....

MARÍA. Aqui me tienes á mí para ayudarte.

EULALIA. *(Abrazándola.)* Sí, María.

MARÍA. Así; con calma..... ¿habeis aclarado?....

EULALIA. Demasiado, María, porque he sabido cosas que ¡ojalá no hubiera sabido jamás!

MARÍA. Hija, me estás alarmando!.... ¿Qué cosas son esas?

EULALIA. Que no me quiere. ¿Te parece poco?

MARÍA. Pero ¿de quién hablas?

EULALIA. ¿De quién? De Rafael.

MARÍA. ¡Rafael!....

EULALIA. De Rafael, que ama á otra mujer.

MARÍA. No, no lo creas: ¿y es Ramon quien te lo ha dicho?

EULALIA. Ramon, que en su desesperacion vá á provocar un lance.....

MARÍA. (*Asustada.*) ¿Con Rafael?

EULALIA. Pero yo no quiero.....

MARÍA. ¿Un duelo quizás?

EULALIA. (*Con mucho interés.*) Es preciso que no tenga lugar.

MARÍA. ¿Y te ha dicho que era con Rafael?

EULALIA. Me lo ha dejado adivinar.

MARÍA. Eso es imposible: habrás comprendido mal!....

EULALIA. No, por mi desgracia: no le ha nombrado; pero sus alusiones eran tan claras, que el nombrarle.....

MARÍA. (*Con interés.*) Un duelo!.... Y ¿por qué?

EULALIA. (*Llorando.*) Porque piensa..... ¡ay qué pena!....

MARÍA. Concluye!....

EULALIA. Y piensa la verdad..... que yo amo á Rafael.....

MARÍA. ¿Y tú?....

EULALIA. Yo no he sabido negarlo.

MARÍA. Pero.....

EULALIA. Ni he tenido valor para confesarlo.

MARÍA. Has hecho bien.

EULALIA. Porque era tal su dolor y su delirio tal, que.....

MARÍA. (Pobre Ramon.)

EULALIA. Que no me he atrevido ni á negar, ni á afirmar; era de ver como exhalaba quejas y frases llenas de amargura, que.....

MARÍA. Tambien él sufre!

EULALIA. Que me despedazaban el corazon: «Si yo conservára—

decia—sobre tu pensamiento y tu corazon, el dominio que antes tenia, te presentaria lo porvenir lleno de soluciones imposibles, y de vergüenzas.».....

MARÍA. (*Alarmada.*) Cómo! ¿Eso te decia Ramon?

EULALIA. «Que amas á un hombre indigno de tu pasion,»—me añadia.

MARÍA. ¿Ramon se ha permitido?....

EULALIA. (*A María.*) Eso y mucho más, porque cuando el furor le ha llegado á dominar: «Ese hombre»... gritaba.....

MARÍA. (*Alarmada.*) Sigue.....

EULALIA. «Ese hombre ama á otra mujer que no eres tú; á otra mujer cuya liviandad é impudencia.....»

MARÍA. ¿Qué? Acaba!

EULALIA. «No la hacen digna ni del desprecio público.»

MARÍA. (*Irritada.*) Oh! es una infame mentira!

EULALIA. Eso le he dicho yo.

MARÍA. (*Celosa.*) Mentira! Mentira! Rafael no ama á otra mujer!

EULALIA. Y si Rafael la ama, ¿qué puede importarle lo demás?

MARÍA. No, si no es verdad: Ramon miente!....

EULALIA. «Por ti siento que es verdad,» me ha dicho al contestarle como tú que mentía.

MARIA. (*Exaltada.*) Pues miente!

EULALIA. Despues su cólera se desata, y prorumpe en amenazas, habla de reparar agravios, de las infamias que le rodean.....

MARÍA. De infamias!.... (Yo tiemblo!)

EULALIA. Y yo llena de sobresalto, de desconsuelo y de temor.....

MARÍA. De temor, ¿por qué?

EULALIA. Ya has oido que vá á provocar un duelo...

MARÍA. (*Preocupada con la idea de que exista una mujer amada por Rafael, que no sea ella.*) Dices bien.

EULALIA. Que no exponga Rafael su vida.

MARÍA. Oh! calla! Es necesario evitarlo.

EULALIA. Es preciso que hables con Rafael: no te ocupes ya de mi.....

MARÍA. (*Preocupada.*) Si..... si.....

EULALIA. Que no llegue á traslucir mi amor.

MARÍA. (*Preocupada.*) Tu amor!,...

EULALIA. (*Sollozando,*) Si él no ha sabido ver mi cariño, que no sufra yo su desprecio; que no me ofenda.

MARÍA. ¿Tanto le quieres?

EULALIA. (*Llorando y abrazándose á María.*) ¿Qué si le quiero?...

MARÍA. ¿Pues qué harias si te engañára despues de jurarte amor?

EULALIA. (*Sollozando.*) No me engañará.

MARÍA. ¿Y si te engañára?

EULALIA. Creo que la pena me mataria.

MARÍA. (*Con amargura.*) No, Eulalia, las penas de amor no matan, que si matáran no serian penas.

EULALIA. Háblale; píntale, si es preciso, el desvarío que padece Ramon: todo esto sin darle á entender nuestros recelos. Más tarde..... ya veremos: lo que ahora conviene es que no se vean..... hoy sobre todo.

MARÍA. Yo te lo prometo.

EULALIA. Por mi mal te aconsejo así; por mi mal, que es la dicha de esa afortunada mujer.

MARÍA. (*Exaltada.*) Aún esa mujer!.... Si no es posible!.... No es posible que dé el pensamiento en accion tan villana! Pero, esa mujer, ¿quién es? ¿Cómo se llama?

EULALIA. No lo sé; pero es una mujer á quien ama Rafael.

MARÍA. No, si no es verdad, si no puede ser!....

EULALIA. Te ciega, María, el cariño que me tienes.

MARÍA. Calla, calla! Es imposible! Rafael no puede amar á otra mujer!.... (Qué humillacion!)

EULALIA. No perdamos tiempo, María: veamos lo que hemos de hacer, pongámonos de acuerdo: más tarde, cuando esté conjurado el peligro..... ¿No me escuchas?

MARÍA. (*Absorta.*) Sí, sí: lo conjuraremos.

EULALIA. Y despues, disculpa mi deseo; despues yo quiero saber quién es esa mujer.....

MARÍA. (*Absorta.*) Sí..... sí.....

EULALIA. Y odiarla!....

MARÍA. Y aborrecerla!....

EULALIA. (*Llorando.*) Y morirme de envidia!....

MARÍA. Ó vivir sufriendo en silencio.

EULALIA. Qué desdicha la mia!

(*Se oyen pasos en el corredor: Eulalia al oirlos vá á ver quién viene, y vuelve al lado de María.*)

MARÍA. Y qué horrible tormento el mio! (Qué infame angustia!)

EULALIA. *(En voz baja á María.)* (Ellos son: Cárlos y Rafael que vienen hácia aqui.)

MARÍA. (*En voz baja.*) Procura dejarme á solas con Rafael.

EULALIA. Sí; yo haré por llevarme á Cárlos con cualquier pretexto.

MARÍA. (*En voz baja.*) Eso es.

EULALIA. (*Se oye hablar en el corredor.*) En tí confio.

MARÍA. (*En voz baja.*) Aquí están: tú con Cárlos.

EULALIA. (*En voz baja.*) Pero que no se batan.

MARÍA. (*En voz baja.*) No se batirán: espérame en mi cuarto.

ESCENA V.

LAS MISMAS.—CÁRLOS y RAFAEL que entran fumando.

CÁRLOS. (*A Rafael.*) Lo que yo te decia; aquí las tienes.

RAFAEL. (*A Cárlos.*) Si, veo que tenias razon.

CÁRLOS. La verdad es que las hemos aburrido de lo lindo con nuestras disertaciones y con.....

RAFAEL. (*Interrumpiéndole.*) Y con nuestras impertinencias.

MARÍA. No, si es que esta me ha mandado llamar para.....

CÁRLOS. Una disculpa, de fijo.

EULALIA. Pues te equivocas, porque.....

RAFAEL. (*A Cárlos.*) ¿Lo ves? Te equivocas.

EULALIA. Pues ya se vé que sí: la he llamado para que no la hicierais cantar, porque hoy no está muy buena.

CÁRLOS. (*Irónicamente.*) Oh! Y ese habrá sido un inconveniente para que tú tocases algo al piano.

MARÍA. Tienen razon.

EULALIA. Si, y despues.....

CÁRLOS. Despues te hubiéramos aplaudido.

RAFAEL. Ah, si! Eso sí.

MARÍA. (*A Rafael.*) Otro dia será: ya por hoy, vale más que no penseis en eso. (Tenemos que hablar.)

EULALIA. Por mi..... si teneis empeño.....
CÁRLOS. Ninguno, tontuela!
RAFAEL. (*A Cárlos.*) No, no: y además tú tienes que salir.
MARÍA. (*A Cárlos.*) ¿Vas á salir?
CÁRLOS. (*Mirando el reloj.*) Si, pero por media hora: las nueve; á las diez y media estoy de vuelta.
RAFAEL. ¿Y Ramon?
EULALIA. Aquí ha estado.
CÁRLOS. Con ese no hay que contar: de seguro que está en su despacho.
RAFAEL. Trabajando como siempre.
CÁRLOS. No, más que siempre. En vísperas de una vista no hay medio de dar con él.
RAFAEL. ¿Pero no tienes que verle antes de salir?
CÁRLOS. No te apures, ya le veré.
EULALIA. Pues si tienes que volver para las diez y media, ya puedes darte prisa.
CÁRLOS. Por algunos minutos más ó ménos.....
EULALIA. (*Cogiendo á Cárlos del brazo.*) Ea! De paso te haré una pregunta.
RAFAEL. Vamos!.... asi, asi..... ¿un secretito?
CÁRLOS. Si, hija, todos los que tú quieras.
RAFAEL. (*A Cárlos.*) Y despues nos lo cuentas todo.
EULALIA. (*A Rafael.*) Si quieres, te haré á tí la pregunta; es lo mismo.
RAFAEL. No, el confesor es de libre eleccion, y tú ya has escogido el tuyo.
EULALIA. Pues ya lo sabes, como tú quieras.
CÁRLOS. (*A Eulalia.*) Andando!
EULALIA. (*Vánse cogidos del brazo.*) Adios.....
RAFAEL. Que sea corta la penitencia.
MARÍA. Hasta luego.

ESCENA VI.

RAFAEL y MARÍA. Esta al desaparecer Cárlos y Eulalia, vá hasta la puerta del foro, volviendo despues de cerciorarse que quedan solos ella y Rafael: éste entre tanto, permanece de pié junto á la mesa de centro.

RAFAEL. (¡Singular entrevista! Ella que siempre esquiva el encontrarse á solas conmigo! (Qué será!)

MARÍA. (*Agitada.*) Necesitaba hablar contigo!....

RAFAEL. Ya me tienes impaciente, esperando.....

MARÍA. Eulalia ha estado aquí.

RAFAEL. Sí, ya lo he visto.

MARÍA. Hace un rato, estando en el comedor contigo y con Cárlos, me mandó llamar. Desde entonces hasta ahora, nos hemos ocupado de tu proceder con ella, que es incalificable.....

RAFAEL. Mi proceder con ella! No sé lo que podrá haberte dicho

MARÍA. Se trata de una hermana mia, y creo que no habrá de estrañarte el interés que me inspira.

RAFAEL. Al contrario, me parece muy en razon. Lo que no comprendo es la causa de sus quejas contra mí.

MARÍA. Pues son muy fundadas.

RAFAEL. Lo serán, no lo dudo; pero no adivino..... alguna intriga.....

MARÍA. Que tú has fraguado en mengua de tu decoro, y de la tranquilidad de esta casa.

RAFAEL. (*Riéndose.*) Vale más que me ria.

MARÍA. Y si todos pudieran hacer lo mismo, aún valdria más.

RAFAEL. Si das en seguir tu sermon, voy á creer que sois víctimas de alguna intriga.....

MARÍA. Fraguada por tu doblez.

RAFAEL. Ó por vuestra sencilla candidez..... Ramon quizás.....

MARÍA. No hay necesidad de citar nombres.

RAFAEL. Cierto que no es preciso: sus reticencias y su desvío, son bastantes para que yo tome una determinacion que me ponga al abrigo de nuevas impertinencias.

MARÍA. ¿Porque cumple con su deber?

RAFAEL. (*Irritado.*) Y yo cumpliré con el mio, arrancándole la lengua!.... porque bueno y honrado como es, no quiero concederle el derecho de tomar como propios, asuntos que solo á mí me atañen.

MARÍA. Y á él tambien.

RAFAEL. ¿Y á él tambien? ¿y por qué?

MARÍA. Porque acaba de reñir con Eulalia, á quien ama con delirio.

RAFAEL. (*Confuso.*) ¿Con Eulalia?....

MARÍA. Con Eulalia, á quien tú has hecho concebir esperanzas...

RAFAEL. ¿Eso ha dicho?

MARÍA. Eso fuera poco.

RAFAEL. Una patraña grosera: es decir que Ramon pretende aliviar sus achaques llevando mi nombre á tan miserables calumnias?

MARÍA. Calumnia pudiera parecer tu fingida simpatía hácia Eulalia; pero lo que es verdaderamente indigno de un hombre bien nacido, es el haberla escogido para mejor plegarte despues.....

RAFAEL. Maria!....

MARÍA. A los excesos y á las liviandades de una aventurera!.....

RAFAEL. Maria!.....

MARÍA. De una mujer soez y despreciable!....

RAFAEL. (*Con amargura.*) Me has desgarrado el alma, Maria, y bien sabes cuán injusta eres conmigo.

MARÍA. (*Despues de una pausa.*) Quiero dar al olvido ciertos desahogos de tu fantasía, que has debido sofocar por respetos y miramientos más sagrados.

RAFAEL. (*Con amargura.*) María!....

MA IA. (*Con sequedad.*) Ni una palabra más! Basta!

RAFAEL. Oh qué infamia! María eres demasiado cruel, (*Exaltado.*) y ese miserable!....

MARÍA. (*Asustada.*) ¿Qué vás á hacer? Ramon no ha tratado.....

RAFAEL. No pronuncies ese nombre que siempre veo mezclado en la desdicha agena.

MARÍA. (*Queriendo calmarle.*) No ha tratado, estoy segura, de ofender al decoro de.....

RAFAEL. Pues yo trataré de quitarle la vida, para que no cuide de honras que se bastan solas á guardarse.

MARÍA. (*Suplicante.*) Disculpa su locura!
RAFAEL. ¿Disculparle, y mata mis esperanzas?
MARÍA. (*Suplicante*) No, Rafael..... á ese precio.....
RAFAEL. Aún es poco matarle!....
MARÍA. (*Suplicante.*) ¿Vás á exponer tu vida por?.....
RAFAEL. ¿Y qué es mi vida sin tí? ¿Qué mi honor en mengua del tuyo?
MARÍA. (*Suplicante.*) No, Rafael, no quiero: olvida la conducta de Ramon, su delirio; quiero que reprimas tus iras!
RAFAEL. (*Arrebatado.*) No ha de ser: he de matarle, ó me ha de matar!
MARÍA. ¿Y verás impasible el nombre de Cárlos, lanzado á la maledicencia pública?
RAFAEL. Me faltan ojos para ver tu deshonor y mi desdicha.....
MARÍA. Rafael!.... Atiende á mi ruego!....
RAFAEL. (*Muy exaltado.*) No pidas ni me ruegues! Tú miserable! ¡tú liviana!
MARÍA. Su exaltacion!....
RAFAEL. (*Se levanta y María le detiene.*) Yo he de castigarle, y será ahora mismo.
MARÍA. No, Rafael!....
RAFAEL. Es inútil; no me detengas!
MARÍA. (*Sin soltarle.*) Por Eulalia, que solo vive por tí... por su honra!....
RAFAEL. (*Desasiéndose.*) Por nada del mundo!
MARÍA. (*Sollozando.*) Morirá de pena!
RAFAEL. (*Marchándose.*) ¿Y la mia?.... Adios!
MARÍA. (*Aterrada al ver que se vá, se entrega al llanto.*) Rafael...
RAFAEL. (*Al oirla vuelve desde el foro y se acerca á ella.*) ¿Qué es eso, María? ¿Estás llorando?
MARÍA. En nombre de!....
RAFAEL. Acaba: en nombre de.....
MARÍA. Rafael!....
RAFAEL. Acaba!....
MARÍA. ¿No ves en mi semblante la angustia que me devora?
RAFAEL. María, acaba!....
MARÍA. (*Llorando.*) ¿Aún quieres más?
RAFAEL. Díme que eres mia!

MARÍA. ¿No te bastan mis lágrimas?
RAFAEL. (*Le coje una mano y se la besa.*) Oh, sí, María! Tú me devuelves la vida!
MARÍA. Pero no has de batirte!....
RAFAEL. ¿Y ha de quedar impune ese miserable?
MARÍA. (*Queriendo contenerle.*) No, yo no quiero!....
RAFAEL. ¿Y tú reputacion?
MARÍA. (*Fuera de sí.*) Tu vida es lo primero!
RAFAEL. ¿Mi vida dices?
MARÍA. Tu vida que es la mia!....
RAFAEL. Bendita seas!
MARÍA. Pero júrame que no te batirás!
RAFAEL. Te lo juro!....
MARÍA. Aunque Ramon te provoque..... ¡por mi!
RAFAEL. ¿Y si ofende á tu decoro?
MARÍA. Segura de tu amor!....
RAFAEL. María!....
MARÍA. Júramelo, Rafael! Solo así estaré tranquila!....
RAFAEL. (*Se oye un timbre.*) Sea si tú lo quieres! Silencio! Es Ramon que llama.
(*Bajan ambos la voz en el resto de la escena.*)
MARÍA. (*Queriendo irse.*) Si..... que no nos vean juntos.
RAFAEL. (*Deteniéndola.*) ¿Te vás?
MARÍA. Es preciso: Eulalia me está esperando.
RAFAEL. ¿Hasta cuándo?....
MARÍA. Adios..... tengo en prenda tu palabra.
RAFAEL. Y yo tu amor.....
(*Al ver la agitacion de Rafael, María retirándose á su cuarto, le recomienda el silencio, con un gesto cariñoso y ademan suplicante: Rafael ébrio de amor, coje, entre sus manos, una de María, y la besa con delirio.*)
MARÍA. (*Procurando retirar la mano, que Rafael no cesa de besar.*) Prudencia y.....
RAFAEL. Y amor.....
MARÍA. (*Entrando en su cuarto y retirando la mano.*) Basta!.... Adios!....
RAFAEL. Adios!.... (*María desaparece. Rafael despues de una pausa se sienta.*)

ESCENA VII.

RAFAEL. y RAMON.

RAFAEL. (*Viendo entrar á Ramon.*) (Aquí está: he de tener calma para cumplir mi promesa!)

RAMON. (*Indiferente.*) Mandé que me avisáran cuando quedase usted solo y acaban de pasarme recado.

RAFAEL. Sí..... ahora mismo.....

RAMON. Sí, se ha despedido de usted María.

RAFAEL. (*Levantándose.*) (Calma!)

RAMON. Rafael, deseo que no perdamos el tiempo en digresiones, y que abordemos la cuestion de frente y sin ambajes, para que hoy mismo, ahora, quede resuelta de una manera terminante y clara.

RAFAEL. No sé á qué se refiere usted.

RAMON. Si usted no quiere entenderme, yo abreviaré la entrevista despojando mi pretension de consideraciones ociosas.

RAFAEL. Me parece bien; adelante.

RAMON. Antes de comer hemos tratado ya del asunto, y es inútil que yo trate de recordárselo á usted. Vengo solo á decirle que.....

RAFAEL. Un momento: hábleme usted con más tranquilidad de ánimo, y quite usted á la frase el rigor y la violencia: yo tengo serenidad y reflexion bastantes, para tomar en cuenta lo que quiera usted decirme.

RAMON. Esta tarde hemos hablado de Eulalia, y fiado en esa misma reflexion que ahora invoca usted, he podido comprender que usted administra esas buenas cualidades, acomodándolas á circunstancias determinadas.

RAFAEL. (*Irritado.*) Yo no acomodo jamás mi conducta á circunstancias especiales, cuando éstas no existen.

RAMON. Pero como hombre de ingénio, las sabe usted crear, y...

RAFAEL. (*Conteniéndose.*) No siga usted y mida usted lo que vá á decir; porque sin ingénio y con él, tengo seguridad bastante de mi mismo, para reprimir cualquiera insolencia, venga de donde venga. Si usted tiene formado el propósito de desahogar sus quejas, buscando en el insulto un

medio, ni la ocasion que ha escogido usted es la más oportuna, ni el sitio el más propio.

RAMON. He llegado á un punto, Rafael, en que todos esos miramientos me parecen subterfugios, preocupaciones, habilidades del momento. Yo no vengo á pedir, yo no vengo á consultar. Vengo á exigir de usted una esplicacion franca y resuelta; y si usted no me la dá como yo la siento, vengo á obligarle á usted.....

RAFAEL. *(Irritado.)* Usted está loco!.... (¡Calma!)

RAMON. Pues será de ver cómo hallo un remedio en la cordura de usted; porque si usted tiene seguridad bastante de sí mismo para reprimir toda insolencia, yo tengo conciencia de mi situacion y conocimiento perfecto de cuanto aquí sucede y nos rodea, para apreciar mi conducta coartada por escrúpulos que yo respeto siempre, y la de usted.....

RAFAEL. *(Interrumpiéndole.)* ¿Y qué tengo yo que ver con los escrúpulos de usted?

RAMON. Para respetarlos nada: para tomarlos en consideracion ménos aún: deseaba esta conferencia para recordárselos á usted por última vez, y para advertirle que le está á usted vedado el explotarlos en aras de un interés egoista, que si no perjudicára á mis deseos, ofenderia á mi decoro.

RAFAEL. *(Con marcado enojo.)* Estoy conteniendo mis impulsos por momentos, esperando que usted reprima ese lenguaje..... poco conveniente al resultado de una conversacion amistosa, y veo que ni sabe usted dar importancia á mi circunspeccion, ni halla usted forma de emplearla conmigo.

RAMON. *(Exaltado.)* Si no puedo..... ni debo tenerla.

RAFAEL. ¿Es decir que viene usted dispuesto á reñir?

RAMON. Es decir que vengo dispuesto á vencer, aunque para ello tenga que reñir.

RAFAEL. (Oh! Y he de sufrirlo!....) Acabe usted pronto y diga usted lo que quiere de mí.

RAMON. *(Exaltado.)* He agotado todos los recursos que se han presentado á mi mente, para destruir las consecuencias funestas que ha de acarrear la conducta de usted en esta

casa. Bienestar, reputacion y honor; todo lo he tenido en cuenta, y sin embargo, nada consigo.

RAFAEL. ¿Y ha tomado usted á su cargo el honor y la reputacion de una familia, infiriéndola así una ofensa?. ..

RAMON. (*Exaltado.*) Es que se sublevan en mí y se revuelven estímulos y pasiones que usted ha despertado con su soberbia y su abandono.

RAFAEL. (*Irritado.*) Está usted desvariando y vá usted á concluir por dar al traste con mi paciencia!

RAMON. Vengo decidido á agotarla toda, ya que usted indiferente ha visto consumirse la mia, en el dolor y la desesperacion.

RAFAEL. ¿Yo?....

RAMON. Usted!....

RAFAEL. Esas son invenciones que finge el espíritu de usted acalorado y ciego.

RAMON. Invenciones! no: usted ha escuchado esta tarde mis temores respecto de Eulalia, con el estudiado reposo del que acecha, y testigo de mi pena, ha sabido usted convertirla en beneficio propio, utilizándola despues en satisfacciones que no quiero calificar, porque..... debo tenerlas olvidadas.

RAFAEL. Basta! Basta!

RAMON. Ah! ¿Le falta á usted valor para oir la verdad, y le ha tenido usted para herir con la ficcion y la mentira?

RAFAEL. ¿Yo mentir?

RAMON. Usted, sí! Usted ha mentido á Eulalia un cariño que ni ha sentido usted ni siente usted hácia ella: usted ha fingido no comprender mi situacion, para debilitar la responsabilidad de haberla agravado. El valor se necesita para resistir el impulso de esos movimientos bastardos, para imponerse á la cobardía; y si á usted le ha faltado entonces para ser valiente, no quiera usted prodigarlo ahora para ser..... cobarde!

RAFAEL. (*Exasperado.*) Es usted un miserable á quien voy á hacer que arrojen por la escalera!

RAMON. Si á tanto se atreviese usted, lamentaria usted despues el no haber prevenido mayores daños.

RAFAEL. (María! Cuánto me cuestas!)

RAMON. Enloquecida con los amaños de usted, Eulalia ha olvidado en un dia mi afecto, sus compromisos ¡en un solo dia! pero ¿qué mucho si á usted le ha bastado para olvidarlo todo, amistad, familia, honor?

RAFAEL. (*Fuera de sí.*) ¡Basta de contemplaciones! No quiero! Es usted un sér despreciable á quien voy á dar la muerte: ¿es eso lo que quiere usted?

RAMON. (*Con fruicion.*) Así, así!....

RAFAEL. Pues así será!

RAMON. Naturaleza—decia usted—impone una cruel expiacion al que, temerario, combate su grandeza con las sutilezas del mundo: las grandes pasiones son de naturaleza; y á fé que decia usted bien, porque ahora que siento la de la venganza, pienso que es la forma más natural de la justicia.

(*María que ha estado escuchando desde su cuarto, cierra la puerta que estaba entornada, produciendo un ligero ruido: al oirlo, ambos permanecen en silencio y Rafael cree entender que María le recuerda su promesa.*)

RAFAEL. (Oh! Qué angustia!)

RAMON. (*Con intencion.*) ¿Ha escuchado usted?

RAFAEL. (*Alarmado.*) Cómo!.... Usted!....

RAMON. Sí, tambien yo he percibido el ruido que ha producido esa puerta al cerrarse. Tras ella late un corazon amante...

RAFAEL. (*Exaltado.*) Miserable!....

RAMON. Tras ella duerme una conciencia, la de la esposa adúltera..... la de María!

RAFAEL. (*Iracundo.*) Silencio!.... (Perdicion!)

RAMON. (*Satisfecho.*) Al fin.....

RAFAEL. Al fin estoy á las órdenes de usted: señale usted condiciones, que yo las acepto todas.

RAMON. No quiero concederle á usted ninguna ventaja.

RAFAEL. Mañana quedarán arregladas.

RAMON. Para arreglos mañana es tarde.

RAFAEL. Pues nos batiremos mañana.

RAMON. A muerte!

RAFAEL. (*Se oyen pasos fuera.*) A muerte!

RAMON. En mi casa esperaré á sus padrinos

RAFAEL. (*A Ramon.*) Alguien viene.... allí irán. Ahora sigilo.

RAMON. Cuente usted con el mio.

(*Al entrar Cárlos, ambos se quedan confusos y perplejos.*)

ESCENA VIII.

DICHOS y CÁRLOS, por el foro.

CÁRLOS. Cualquiera al oiros, diria que estábais riñendo.

RAFAEL. (*Confuso.*) No.....

RAMON. (*Confuso.*) No.....

CÁRLOS. No, no; ya me lo figuro; y en resumidas cuentas, ¿qué era ello? ¿Estabais cuestionando?

RAMON. No.....

CÁRLOS. Discutiendo como siempre.

RAFAEL. Eso es.....

RAMON. Si.....

CÁRLOS. Pues no hay que preguntar sobre qué versaba la discusion.

RAFAEL. Discutir por discutir.

CÁRLOS. Sobre la causa dichosa de mañana.

RAMON. Si.....

RAFAEL. Precisamente.

CÁRLOS. Y de seguro que Rafael.....

RAFAEL. Yo.....

CÁRLOS. Si; tú le habrás combatido, defendiendo mi punto de vista.

RAFAEL. Discutíamos.....

RAMON. Justamente.

RAFAEL. (No sé lo que por mí pasa!)

CÁRLOS. Vaya, pues me alegro hallaros tratando ese asunto, porque, á la verdad, he llegado á vacilar, y.....

RAMON. Cómo!....

CÁRLOS. (*Fijándose en los dos.*) Pero ¡qué demonio! Parece que habeis enmudecido de repente al verme entrar.

RAFAEL. Pues no.....

RAMON. No.....

RAFAEL. La discusion ha dado de sí.....
RAMON. Sí..... eso es.
CÁRLOS. Más que dudas tengo curiosidad; no acabo de formar un juicio completamente satisfactorio.
RAFAEL. ¿Y pretendes debatiendo conmigo?....
CÁRLOS. No, no cuidado: á cada cual lo suyo.
RAMON. (Qué vá á suceder!)
CÁRLOS. Quisiera hablar de ello: quisiera oir de nuevo el razonamiento de Ramon. Por otra parte, el mio no acaba de...
RAMON. No acaba de tranquilizarle á usted.
CÁRLOS. Esa, esa es la palabra: estoy convencido, y sin embargo no estoy tranquilo.
RAMON. Lo comprendo.
CÁRLOS. La materia criminal lo dá de sí. Ofrece un ancho campo al estudio, á la investigacion.
RAMON. ¿Quién puede dudarlo?
RAFAEL. Es cierto.
CÁRLOS. (*A Rafael.*) Por esa razon quisiera oir tambien tu opinion.
RAFAEL. ¿Qué dices?
CÁRLOS. Sí, la verdad, la estimo en mucho: Ramon lo sabe.
RAMON. Sí.....
CÁRLOS. Pues bien; Ramon opina que mi criterio es algo aventurado.
RAMON. Permítame usted.....
CÁRLOS. Sí, exponga usted su parecer con franqueza.
RAMON. Mi opinion es.....
CÁRLOS. Con franqueza.....
RAMON. (Qué tortura!)
CÁRLOS. Expóngala usted.....
RAMON. Usted, D. Cárlos, no tiene dato alguno que haga presumir la liviandad de aquella infeliz esposa asesinada en su lecho.
CÁRLOS. Eso es, perfectamente.
RAMON. Pero eso no basta para sentar una afirmacion que vindique una honra allí mismo donde se infama otra para siempre. Nuestro defendido vivirá de una honra que nosotros le hemos adjudicado. En cambio, aquella pobre mujer, á quien se la quitamos, no la podrá recobrar jamás: la muerte es eterna.

CÁRLOS. Todo eso está muy bien y en su lugar; pero no pierda usted de vista que nuestro deber es defender.

RAMON. Defender, sí, pero no acusar, y usted acusa.

CÁRLOS. No, Ramon, no acusamos, sino que resulta así, como resulta en todas las defensas. Mire usted: hay que juzgar desapasionadamente. ¿No cree usted, como decíamos esta mañana, que el adulterio es de índole diversa que el robo y el asesinato? ¿No cree usted que el adúltero halla en la sociedad caminos que le están cerrados al asesino?

RAFAEL. (Qué suplicio!)

CÁRLOS. ¿Usted mismo no le daria la mano que niega al ladron?

RAMON. Ni al uno ni al otro.

CÁRLOS. Eso se dice. ...

RAMON. (*Con calor.*) ¿Y usted cree que el que roba objetos y valores públicos que circulan y se tocan, es más odioso y repugnante que aquel que por satisfacer un desarreglo de la materia, roba en un dia la tranquilidad á la familia, sus afectos más puros, su honor?

CÁRLOS. Pero si esta no es para nosotros una cuestion de honor; el honor.....

RAMON. Ah, D. Cárlos! El honor es algo; por eso cuando lo perdemos buscamos tantas razones para justificarlo.

CÁRLOS. Está usted obcecado por un sentimentalismo que me estraña: ni en asuntos propios podria usted discurrir con más pasion.

RAFAEL. (Qué fatal semejanza!)

RAMON. No puede usted comprender el dolor que siento al verle á usted tomar esa defensa con tanto empeño.

CÁRLOS. Ni yo acierto á esplicarme la tenacidad con que me arguye usted.

RAMON. Yo tambien lo deploro.

CÁRLOS. Bien, dejemos á un lado este asunto.

RAMON. (*Exaltado y fijándose en Rafael.*) Hay tantas mujeres á quienes el orgullo y el desenfreno de un hombre han perdido, ¡tantas! que al entregar una más á la maledicencia pública, pregonando así una infamia que acaso no exista, pero que alcanza á toda una familia, es mucho más infame todavia, ¿no opina usted como yo, Rafael?

RAFAEL. (*Indignado.*) Oh!....

CÁRLOS. (*A Rafael.*) Si, dínos tu opinion.

RAFAEL. Dices bien tú, estableciendo una diferencia notable entre delitos de índole distinta: (*Mirando á Ramon.*) pero Ramon, decia mejor al combatir la soberbia y la vanidad de algunos hombres; hay muchas honras que se sacrifican al amor propio y al despecho de un menguado.

CÁRLOS. De un miserable, tienes razon.

RAMON. De un infame.

RAFAEL. (*Mirando á Ramon.*) Pero cuando se añaden á esa villanía, la procacidad en la lengua, y en el corazon la falta de nobleza, rompiendo un silencio convenido y faltando á una palabra empeñada.....

RAMON. (*Con intencion.*) A nadie conozco tan menguado.

RAFAEL. Pues iba á dudarlo si no me lo asegurára usted.

CÁRLOS. No hay que acalorarse.

RAFAEL. No..... yo estoy tranquilo.

RAMON. El interés mismo.....

CÁRLOS. ¿Y nada más se os ocurre?

RAMON. Acaba usted de oir á Rafael.....

CÁRLOS. Sí, que establece como yo, diferencias entre el robo y el adulterio.....

RAMON. Pero señalando de pasada la facilidad de incurrir en un error grave, gravísimo, al fundar la defensa, sin pruebas para ello, en la deshonra de una mujer.

CÁRLOS. Y ¡dale con la dichosa honra! ¿por qué he de cuidar yo de ella, si á mí, como abogado, solo me está encomendada la de mi defendido?

RAMON. Si por alguna relacion de sociedad ó parentesco estuviese usted interesado en esa reputacion, hoy tan abandonada, creo que no opinaria usted lo mismo.

CÁRLOS. Como letrado, lo mismo.

RAMON. ¿Sí?....

RAFAEL. (Qué fatalidad!)

CÁRLOS. Y con la conciencia muy tranquila.

RAMON. (*Exaltándose.*) La conciencia! ¿Y si un estraño, sin mejores razones, pusiera en trance tan injurioso, el honor

de una persona allegada á usted, el de una hermana, el honor de María?

RAFAEL. Ramon!....

CÁRLOS. María!....

RAFAEL. Ramon!....

(*Estas exclamaciones han de ser casi simultáneas.*)

RAMON. (*Exaltadísimo.*) El de María, si: ¿qué haria usted?

(*Rafael quiere lanzarse sobre Ramon para impedirle á la fuerza que siga: Cárlos le detiene.*)

CÁRLOS. (*Despues de una pausa.*) La inesperiencia del mundo, y los pocos años que tiene usted pueden solamente disculpar un argumento tan..... poco delicado.....

RAFAEL. Y tan villano!....

(*María que por razon de las escenas anteriores estaba impaciente en su cuarto, sale de él, al oir pronunciar su nombre en voz alta.*)

ESCENA IX.

DICHOS MARÍA, despues EULALIA

MARÍA. Creia haber entendido que me llamabas: ¡qué voces!

(*Sorprendido al verla allí, Cárlos se dirige á ella y la acompaña cariñosamente hasta la puerta de su cuarto: María permanece en ella, sin entrar en su cuarto.*)

CARLOS. No..... retirate, María.

(*Mientras esto tiene lugar, Rafael se acerca á Ramon.*)

RAFAEL. (*En voz baja y enérgica.*) El duelo se verificará esta noche!

RAMON. ¿Tiene usted prisa?

RAFAEL. (*Cárlos vuelve hácia ellos.*) Esta noche.....

RAMON. (*Queriendo disculparse.*) D. Cárlos!....

CÁRLOS. (*Con calma.*) No, basta ya! Pero entienda usted, Ramon, que si un hombre atentára al honor de mi familia, (*Exaltado.*) manchándolo tan solo con la más leve suposicion, moriria á mis manos, sin consideracion de género alguno.....

RAMON. (*Sentido.*) D. Cárlos!....

CÁRLOS. (*Exaltado.*) Y que si — lo que no es posible — María abandonase sus deberes, olvidando la solicitud y el afan con que yo cumplo los mios; y menospreciando mi interés cariñoso y mi ternura, diese al mundo un ejemplo de ignominia semejante, yo acallaria el rumor de las gentes, anticipándome á exigirles, con un castigo tremendo, el respeto á una justicia cumplida.

(*María al oir estas palabras, permanece apoyada en el quicio de la puerta, con la vista fija en el suelo, casi sin poderse tener en pié: Rafael se ha acercado á ella cuidadosamente.*)

RAFAEL. (*En voz baja.*) Valor, María.

MARÍA. (No sé lo que pasa por mí!)

(*Eulalia que se hallaba con María en el cuarto de ésta, y que sin oir la conversacion, observa el estado de postracion de su hermana, sale y se dirige á ella, temiendo que vá á ponerse mala.*)

EULALIA. ¿Qué ocurre, Maria, estás mala?

(*Al ver entrar á Eulalia, Cárlos se fija en que María permanece allí, y que ha podido escucharle.*)

CÁRLOS. (*Acercándose á María.*) ¿Has escuchado quizás?....

MARÍA. Perdóname, Cárlos!

(*Llorando y arrojándose en brazos de Cárlos.—Mientras tiene lugar esta escena, junto á la puerta del cuarto de María, Rafael se acerca á Ramon: Eulalia les observa.*)

RAFAEL. (*A Ramon en voz baja.*) A la una estarán mis padrinos en su casa!

RAMON. Allí esperaré.

(*Eulalia que lo ha oido se abraza á María.*)

EULALIA. (*Al oido de María.*) Se baten á la una!....

(*Esta se separa de los brazos de Cárlos para abrazar á Eulalia.*)

MARÍA. (*A Eulalia.*) Calla!

CÁRLOS. (*A María.*) Vamos, hija mia, entra en tu cuarto.

EULALIA. (*Llorando y al oido de María.*) Morirá Rafael!

(*María, al ver la pena de Eulalia y su situacion, se abraza á ella llorando á grandes sollozos y besándola.*)

CÁRLOS. María, he arrancado, sin querer, el llanto á tus ojos.... perdóname!

(María al oir á Cárlos se arroja de nuevo á sus brazos sin separarse de Eulalia.)

MARÍA. *(Llorando.)* Cárlos!.... Cárlos!....

(Ramon permanece en medio de la escena con los brazos cruzados al pecho. Rafael que ha estado expiando los detalles de estos últimos momentos, se acerca á Ramon, y dice:)

RAFAEL. *(En voz baja y enérgica.)* A muerte!....

RAMON. *(Sin variar de actitud pero con mucha energía.)* A muerte!....

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL y EULALIA sentados en un sofá.

RAFAEL. Aún no has contestado á mis preguntas, díme: ¿has visto á María?

EULALIA. Si, ya te he dicho que si.

RAFAEL. No es eso; tambien la he visto yo. ¿Te pregunto si has hablado con ella?

EULALIA. Hasta hace un rato.

RAFAEL. De modo que cuando se retiró á su cuarto ¿la acompañabas tú?

EULALIA. ¿No lo has visto?

RAFAEL. No: ¡y la dejé tan desconsolada!....

EULALIA. Si te parece que no debia estarlo!.... No reparais en hablar de cualquier cosa delante de ella, que por nada se sobreescita, por lo más insignificante.

RAFAEL. Dices que..... pero ¿se ha puesto mala?

EULALIA. ¿Quién te dice que está mala? Llena sí de congoja y de pena. ¿Qué querias que me dijera? llorar..... y llorar!... No sabeis más que hacernos sufrir!....

RAFAEL. Llorar! Pobre María!

EULALIA. Si, pobres de nosotras!....

RAFAEL. ¿Y dices que nada te ha dicho?

EULALIA. Pero, ¿no vás á entrar á verla?

RAFAEL. Ahora no: vale más que descanse: mañana.

EULALIA. Yo no sé como no teneis más cuidado. (Esta es mi ocasion!) Pero no vayas á figurarte que está, ni siquiera ligeramente indispuesta; no tiene más que un desfallecimiento muy grande.

RAFAEL. Pobre María!

EULALIA. Díme: un poco antes de que tú nos dejases, cuando Cárlos se acercó á María, tú y Ramon habeis cambiado algunas palabras que apenas he podido comprender.

RAFAEL. *(Indiferente.)* Pues no..... creo que te engañas.

EULALIA. No, no me engaño, Rafael, y quiero que tampoco tú me engañes.

RAFAEL. Te digo que has oido mal.

EULALIA. Y tan mal: pero al fin, ¿qué le decias?

RAFAEL. Seria alguna cosa baladí.

EULALIA. No me engañes: si estábamos á dos pasos de vosotros.

RAFAEL. (*Alarmado.*) Cómo!.... Tambien Maria.....

EULALIA. Dale con Maria! Díme, ¿qué le decias?

RAFAEL. No; pues..... francamente.....

EULALIA. Te empeñas en no querérmelo decir.

RAFAEL. No, no es empeño: es que seria alguna cosa de poca importancia.

EULALIA. Alguna cita quizás.....

RAFAEL. Sí..... es posible, sí..... una cita.

EULALIA. Y para dónde, ¿no lo recuerdas?

RAFAEL. (*Confuso.*) Si quieres que te diga la verdad, tampoco estoy seguro de que fuera una cita.

EULALIA. Sí, era una cita; si ya me lo has dicho.

RAFAEL. Lo seria, no digo que no..... pero.....

EULALIA. Pero qué ¿no recuerdas la hora?

RAFAEL. Eso es..... precisamente; no..... no.....

EULALIA. ¿Y si te la recordára yo?

RAFAEL. *(Alarmado.)* Cómo!.... ¿Tú?....

EULALIA. Sí, yo: ¿no haces memoria?

RAFAEL. Te aseguro que no.

EULALIA. ¿A la una?....

RAFAEL. (*Alarmado.*) Cómo!.... ¿Qué dices?

EULALIA. A la una. Qué cabeza la tuya!

RAFAEL. Si, dices bien, á..... la una.....

EULALIA. ¿Lo ves? Y lo que no me has contado, lo sabiamos ya.

RAFAEL. Vamos, y ¿qué sabeis?

EULALIA. (*Buscando un papel.*) ¿Quieres convencerte de tu desconfianza? (*Saca el papel y se lo dá.*) Pues toma y lee.

RAFAEL. (*Leyendo.*) Una carta de Ramon!....

EULALIA. Que antes de marcharse ha dejado encima de mi pupitre: lee, lee y verás.

RAFAEL. (*Leyendo.*) «Próximo quizás á la hora de mi muerte.....»

EULALIA. Sigue.

RAFAEL. (Qué fatalidad!)

EULALIA. Concluye.....

RAFAEL. «Sé discreta hasta contigo misma, y..... sobre todo.....»

EULALIA. (*Terminando la carta de memoria.*) «Sobre todo con María.»

RAFAEL. (*Alarmado.*) ¿Y María ha leido esta carta?

EULALIA. (*Cogiendo la carta.*) ¿Tanto te importa el saber si la ha leido?

RAFAEL. (*Disimulando.*) Mucho!.... Digo..... me importa.....

EULALIA. No disimules: ¿te importa mucho que nadie descifre lo que esta carta dice, no es verdad?

RAFAEL. Oh! ¿Pero tú á nadie se la habrás enseñado?

EULALIA. (*Llorosa.*) ¿De modo que vais á batiros?

RAFAEL. (*Impaciente.*) ¿Nadie más que tú la ha leido?

EULALIA. (*Llorando.*) Nadie.....

RAFAEL. Pues rómpela Eulalia: yo te esplicaré..... No es lo que tú piensas; ¡vamos! no te alarmes.

EULALIA. ¿Qué no es lo que yo pienso?

RAFAEL. Verás cómo no; pero rompe esa carta y á nadie digas....

EULALIA. (*Llorando.*) ¿Y vás á exponer tu vida?

RAFAEL. ¿Mi vida?....

EULALIA. ¿O á quitársela á Ramon?....

RAFAEL. (Valor!) ¿Y tú has podido creer?

EULALIA. No pretendas engañarme, Rafael.

RAFAEL. No te engaño: hemos de asistir efectivamente á un duelo.....

EULALIA. Hoy, á la una de la madrugada.

RAFAEL. A la una, sí: veo que escuchasteis bien; pero es á la una de la tarde de mañana.

EULALIA. ¿No me engañas?

RAFAEL. No, hija: ni el duelo es tampoco entre nosotros; y ¿por qué?..... dos amigos.....

EULALIA. ¿No me engañas?

RAFAEL. ¿Y á qué vendria el engañarte?

EULALIA. ¿De modo que no te bates?

RAFAEL. Batirme yo! ¿por qué causa?

EULALIA. ¿Pues cómo andas mezclado en esas calaveradas?

RAFAEL. (*Confuso.*) Ahí verás, por servir á Ramon que es amigo de uno de los contendientes.

EULALIA. ¿Servirle? ¿Y cómo?

RAFAEL. Prestándome á servir de testigo: pero como él es tan exaltado..... por cualquier friolera se cree ya.....

EULALIA. Oh! y hoy lo estaba mucho.....

RAFAEL. Siempre; es su carácter.....

EULALIA. Ay! qué peso me quitas de encima!

RAFAEL. ¿Sabes que te agradezco en el alma tus cariñosos cuidados?

EULALIA. (*Llorando de alegría.*) Gracias!....

RAFAEL. (*Viendo que llora.*) Vamos, Eulalia..... ya lo ves..... no hay motivo.....

EULALIA. No, si es de alegría.....

RAFAEL. (Pobre niña!) Te juro que no olvidaré nunca.....

EULALIA. Otro tanto harias tú.....

RAFAEL. Oh, sí! y aún seria poco. (*Momento de pausa.*)

EULALIA. Pero no tomando parte en el duelo ni tú ni Ramon, ya no es tan importante el guardar reserva.

RAFAEL. Oh, sí! Eulalia, muy importante.

EULALIA. No lo comprendo.

RAFAEL. Ni quieras comprenderlo; pero si en algo estimas mi ruego, no hables á nadie.....

EULALIA. ¿A María tampoco?

RAFAEL. Ménos aún.....

EULALIA. (*Inocentemente.*) ¿A María ménos? ¿Y por qué?

RAFAEL. Porque..... porque en el estado que está, seria causarle una nueva inquietud.....

EULALIA. Si está buena!....

RAFAEL. No importa, que no sepa nada: prométemelo.

EULALIA. (*Se oyen pasos.*) Bueno, haré lo que tú quieras.

RAFAEL. Alguien llega.

EULALIA. Será Cárlos.....

RAFAEL. Silencio!....

ESCENA II.

DICHOS y CÁRLOS, entrando.

CÁRLOS. (*A Eulalia.*) ¿Aún no te has acostado?

EULALIA. ¡Pues me gusta! ¿No hace un momento que estabas conmigo en el cuarto de María?

RAFAEL. Eso me estaba diciendo.

EULALIA. ¡Pues me gusta!

CÁRLOS. Sí, sí, tienes razon: pero, ¿sabes qué hora es? son las doce.

RAFAEL. (*Mirando su reloj.*) No, aun no: son las once y media: ya me ha dicho Eulalia que no ha sido nada lo de María.

CÁRLOS. Nada, el sistema nervioso.....

EULALIA. Sí, vosotros todo lo arreglais con los nervios.

CÁRLOS. Anda, anda, vé á acostarte.

EULALIA. Eso es, échame!

RAFAEL. (*A Eulalia.*) Por lo visto.....

CÁRLOS. ¿He interrumpido quizás algun coloquio?....

RAFAEL. ¡Quién sabe!....

EULALIA. No, pues aunque así fuera, tú has empezado por echarme.

CÁRLOS. Ah! vamos! He venido á estorbaros.

EULALIA. No, Rafael me ha detenido aquí para preguntarme cómo seguia María. Iba ya á mi cuarto.

RAFAEL. Sí, así es.....

CÁRLOS. (*A Eulalia.*) ¡Ea! retírate que es tarde.

EULALIA. (*Levantándose.*) Vaya, pues.....

RAFAEL. *(Dándole la mano.)* Hasta mañana. (Confio en tí.)

EULALIA. (*Bajo á Rafael.*) (A nadie!) (*A Cárlos.*) ¿Has dicho que te despierten mañana temprano?

CÁRLOS. Si, á las siete.

RAFAEL. (*A Eulalia.*) (Ni á Maria!) Que duermas bien!

EULALIA. Gracias. (Y siempre Maria!)

CÁRLOS. Adios, que descanses.

EULALIA. (*Marchando á su cuarto.*) Buenas noches! (No me voy tranquila!)

RAFAEL. (*A Cárlos.*) ¿Y para qué madrugas mañana?

CÁRLOS. *(Sentándose.)* Es costumbre siempre que he de informar.

RAFAEL. Ah! vamos.....

CÁRLOS. ¿Creerás que aún no he vuelto de mi asombro?

RAFAEL. ¿Pues qué hay?

CÁRLOS. Me refiero á lo que ha ocurrido con Ramon.

RAFAEL. Su carácter.....

CÁRLOS. No, no, Rafael, no es su carácter: tiene altivez y energía, pero no las revela jamás, sino en asuntos muy propios. Oh! yo le conozco bien.

RAFAEL. Una obcecacion, y nada más.

CÁRLOS. No puedo creerlo; es la primera vez que le veo tenáz y duro, sostener una opinion con tanto calor como.....

RAFAEL. Como inconveniencia.

CÁRLOS. Tienes razon.

RAFAEL. Olvidalo, que no merece otra cosa.

CÁRLOS. Pero, señor, me digo, Ramon tan comedido, siempre tan circunspecto, ¿qué consideraciones respeta ó atiende para oponer á mi manera de ver, una tenacidad tan insistente?

RAFAEL. ¿Y quién se ocupa de eso?

CÁRLOS. Me ocupo yo, porque tengo la seguridad de que no obra por capricho, sino movido de alguna razon que yo no he podido descubrir.

RAFAEL. Pero, hombre, ¿no conoces su carácter?

CÁRLOS. Todo lo que tú quieras..... no importa. Algo hay en él que.....

RAFAEL. Creo que estremas demasiado tu savilosidad.

CÁRLOS. Oye: ¿Sabes tú si él conocia á la mujer en cuestion?

RAFAEL. ¿A qué mujer?

CÁRLOS. A la de la causa, á la asesinada.....

RAFAEL. No, no sé nada.

CÁRLOS. Porque eso seria para mi un rayo de luz. Y ¿quién podria saber?....

RAFAEL. Échate á buscar; precisamente es un hombre á quien no se le conocen más relaciones que las de esta casa.

CÁRLOS. Si, no es muy espansivo; y áun aqui en casa, todas sus confidencias íntimas, todas sus cuitas, se las confia á María.....

RAFAEL. Cómo! ¿A María?

CÁRLOS. Hoy por fin se ha atrevido á hablarme de sus amores con Eulalia; pero hasta hoy, todas sus confianzas las ha tenido siempre con María.

RAFAEL. Eso si que llama mi atencion.....

CÁRLOS. Pues bien, á cada disgusto, á cada tontería, María ha tenido que intervenir.

RAFAEL. Y María..... ¿por qué?....

CÁRLOS. ¿Qué quieres? intuiciones de su sexo. ¡Cosas de mujeres!.... no, y en esto no iba descaminada, porque Ramon no deja de ser un partido ventajoso. En una palabra, ella habrá soñado ese marido para Eulalia.

RAFAEL. Pero díme, lo que no acabo de comprender, es la inteligencia que tú puedas sacar de todo lo que me cuentas, para esplicarte el proceder de Ramon esta noche.

CÁRLOS. ¿Qué no lo comprendes? pues es bien sencillo; figúrate por un momento que todo su acaloramiento obedezca á una riña de muchachos, y ya tienes esplicado el enigma.

RAFAEL. Pues no lo veo tan claro.

CÁRLOS. ¿Aún no acabas de entenderlo? ¿No te has fijado en el dolor de María? ¿no has parado la atencion en Eulalia, que sin separarse un momento de sus brazos, no apartaba de Ramon los ojos?

RAFAEL. Pero aun siendo así lo que me dices, ¿qué cònsecuencia deduces de ello?

CÁRLOS. Quitar toda la importancia á la conducta de Ramon. Tú no le conoces bien: si fuese otra la causa, si no hubiese

obrado á impulsos de un estado de ánimo pasajero, pero propio de un enamorado, Ramon, despues de lo ocurrido, no volveria á poner los piés en esta casa.

RAFAEL. Bueno, está bien: ¿y qué piensas hacer?

CÁRLOS. Pienso ver ahora mismo á María, y si está completamente aliviada, tener con ella una esplicacion.

RAFAEL. Tú desvarías! ir ahora á ver á María, que estará postrada y abatida, ¿estás en tu juicio?

CÁRLOS. Tienes razon, era exponerla á.....

RAFAEL. Te empeñas tambien en buscar causas que probablemente no existiran más que en la soberbia de Ramon; los achaques de enamorados toman formas violentas, es verdad, pero jamás tan groseras.

CÁRLOS. Chico, chico, chico! Es preciso ser más tolerante; tú mismo, yo mismo, ¿qué no haríamos por la mujer amada? ¿á qüé estravíos no nos entregaríamos espoleados por un desden del sér querido?

RAFAEL. Sí, se concibe perfectamente, pero de cierta manera..... con nobleza.....

CÁRLOS. No, Rafael; no hay nobleza que valga tratándose de una pasion fuertemente arraigada.

RAFAEL. Mucho puede, no lo dudo.

CÁRLOS. Y no vayas á creer que mi afan por hallar una esplicacion á la actitud de Ramon, obedece á debilidad en mis juicios acerca de la cuestion que debatimos, no. Mañana me verás sostenerla, no con las mismas palabras que aquí, pero sí con la seguridad del que tiene fé en el resultado de sus meditaciones.

RAFAEL. Fama tienes de independiente.

CÁRLOS. Obsérvalo bien: el adulterio es un mal cuyos caractéres son claros y distintos. Su historia es eterna: en su abolengo se confunden y se mezclan el pobre con el rico, el temeroso de la justicia, con el avezado en burlarla. Es universal, en una palabra. Y para completar este cuadro, examina el carácter de cuantas leyes se han escrito en todo tiempo para reprimirlo: la ineficacia, que es la condicion inherente á todas las que se dictan sin el conocimiento debido del objeto que tratan de corregir.

RAFAEL. No te juzgaba tan libre, habiéndote educado en esta sociedad.....

CÁRLOS. Esta sociedad!.... Mira, escúchame bien. Tengo para mí que el adulterio es un mal; no seré yo quien lo disculpe; pero ya que es incorregible en absoluto, debia esta sociedad que tú invocas, estudiar los medios de aminorarle. Esa sola tendencia constituiria un gran bien, el que se consigue debilitando la accion de un mal inevitable. Negar que, dadas nuestras instituciones civiles, tiene derivaciones funestas, consecuencias desastrosas, seria un error grave ó una candidez criminal. Esa sociedad que execra la liviandad y el vicio, que proclama la moral, enaltece las buenas costumbres y habla con tanta severidad de la familia, está compuesta, en su mayor parte, de individuos que atropellan todos esos intereses, y que nada saben de la moral ni de la familia, ni son honrados más que en la cantidad suficiente para no aparecer criminales ó imbéciles. No sé qué es peor.

RAFAEL. Me asombra el oirte.

CARLOS. Estamos devorados por la peor de las infamias; por la hipocresía; y lo más singular del caso es que todos conocemos el secreto, todos lo divulgamos en silencio, pero nadie lo proclama en voz alta, porque seria su propia condenacion. En tanto, los pocos verdaderamente honrados y virtuosos, sobrellevan con resignacion la injuria del parecido; porque solo se diferencian en lo que no se vé. ¿Y qué quieres que suceda en una sociedad así formada? ¿dónde quieres hallar la represion del adulterio, ó su inteligencia, para mejor espresarme? Empieza por considerar la conducta de los padres que tratan de casar á sus hijos; la estafa, *(Rafael hace un gesto.)* la estafa: jamás presentan sus verdaderas cualidades; siempre refinadas por la hipocresía y el disimulo. Se oscurecen los vicios que no se han sabido corregir, se exageran las virtudes que no se han procurado arraigar; y así, de ese engaño general de padres y de hijos, se forma el matrimonio, vínculo sagrado y fuerte, lazo estrecho de union que asegura la familia primero, y desarrolla más

tarde los intereses sociales; pero ¡qué vínculos Rafael!

RAFAEL. Es una pintura.....

CÁRLOS. Muy amarga, pero real y cierta. Y si amor es la pasion humana por excelencia, que nada respeta, que todo lo destruye en su fuego; clases, consideraciones, edades, instituciones, amistad, y hasta la misma familia, ¿cómo quieres que resistan á su más ligero embate, los que se hallan unidos en lazo indisoluble de matrimonio, si ese lazo está formado por la codicia y el egoismo de los padres unas veces, otras por el interés y la ambicion de los hijos, jamás por la conformidad necesaria de condiciones morales, y pocas por el cariño? Huracan que arranca la corpulenta encina y la derriba. ¿qué no hará con el tierno arbolillo? Esta es mi manera de pensar, querido Rafael; no abominar de vicios que nuestra debilidad y abandono sostienen: analizarlos con calma, sin que las preocupaciones del mundo enagenen nuestra razon, y practicar algo que sea más útil que las declamaciones y las hipocresías. Una resistencia estudiada detiene al más temerario..... (*Se levantan.*) y basta de disertacion, que tú tendrás que acostarte, ¿no te parece?

RAFAEL. No, yo puede ser que salga un momento.

CÁRLOS. ¿A estas horas?

RAFAEL. Para volver en seguida: tengo citado á uno para las doce, y van á dar. (*Mirando el reloj.*)

CÁRLOS. Pues yo.....

RAFAEL. ¿Tú te acostarás?

CÁRLOS. Si; pero voy antes á ojear el proceso.

RAFAEL. Supongo que habrás desistido de tu deseo de conferenciar con Maria.

CÁRLOS. Si.....

RAFAEL. Hasta mañana.

(*Cárlos entra en su despacho y Rafael se vá á su cuarto por el foro.*)

ESCENA III.

MARÍA, despues EULALIA.

MARÍA. (*Abatida.*) ¿Qué es esto? No hay nadie: debe ser muy tarde; y Eulalia me aseguró que se informaria de todo y que vendria á tranquilizarme... Es imposible! La impaciencia y la inquietud no me dejan conciliar el sueño!.... Hoy..... á la una de la madrugada se batirán!.... y por mi causa!.... Qué horror!.... Pero cuando Eulalia nada me ha dicho..... No importa: quiero saberlo todo; todo si! (*Vá al cuarto de Eulalia que está cerrado y llama suavemente.*) Eulalia!.... Eulalia!.... Si, hay luz en su cuarto... (*Mirando por la rendija.*) Aùn no se ha acostado.. ..Eulalia!.... Ella es, sí; aquí está!....

EULALIA. ¿Eres tú, María? ¿Te has vuelto loca? ¿levantada á estas horas?....

MARÍA. Te he esperado inútilmente: me habias prometido.....

EULALIA. Por no despertarte: creí que estabas dormida.....

MARÍA. (*Con afan.*) ¿Has visto á Rafael?

EULALIA. Y buena necesidad que tenia de verte y hablarte!

MARÍA. ¿Pero has visto á Rafael?

EULALIA. Sí, le he visto.

MARÍA. ¿Y qué? ¿qué te ha dicho?

EULALIA. Al principio negármelo todo.

MARÍA. (*Alarmada.*) ¿De modo que se baten?

EULALIA. Pero hija, si no me dejas hablar.

MARÍA. Pues habla, que estoy impaciente!

EULALIA. (*Mimándola.*) ¿Lo ves? Has hecho mal en levantarte!

MARÍA. (*Impaciente.*) Vamos, dime!....

EULALIA. Déjalo para mañana, que estarás más tranquila.

MARÍA. ¿Para mañana, y se han de batir hoy mismo, dentro de poco quizás?

EULALIA. ¿Ves?.... pues no se baten hoy.

MARÍA. ¿Qúe no se baten?

EULALIA. Ni mañana, ni nunca!

MARÍA. Cuéntamelo todo, Eulalia mia!

EULALIA. No..... yo no estoy tranquila.
MARÍA. Qué suplicio! dime lo que hay.....
EULALIA. Pero ten calma!.... si estás febril!....
MARÍA. ¿Qué te ha dicho Rafael? ¿te ha preguntado por mí?
EULALIA. No hacia otra cosa: no sabes el interés que se ha tomado.....
MARÍA. Ah! sí.....
EULALIA. Y cuánta dichosa pregunta! «¿Qué te ha dicho María? está mejor? ¿no será cosa de cuidado?....»
MARÍA. *(Contenta.)* Rafael.....
EULALIA. Ni que fueras su esposa!....
MARÍA. ¿Tanto era su cuidado?
EULALIA. Mayor si cabe que el de Cárlos.
MARÍA. Es tan bueno!.....
EULALIA. Pero ya hablaremos mañana: ahora vé á la cama.
MARÍA. No, ¿y qué te decia de mí?
EULALIA. (*Con mimo.*) Anda, acuéstate!....
MARÍA. ¿De modo que no se baten?
EULALIA. Eso me ha asegurado Rafael.....
MARÍA. Cumplirá su palabra!....
EULALIA. ¿Lo crees así?
MARÍA. Sí, no se batirán!....
EULALIA. Pues yo aún tengo mis dudas.....
MARÍA. ¿Habia de engañarme?
EULALIA. (Engañarla!....)
MARÍA. ¿Y te ha encargado que me lo dijeses?....
EULALIA. (¿Qué es esto?) Sí..... sí.....
MARÍA. ¿Y dudas de su palabra?....
EULALIA. No..... no.....
MARÍA. Sí; algo sabes que me has ocultado.....
EULALIA. No..... no.... .
MARÍA. Dímelo pronto y no me hagas sufrir!....
EULALIA. (Sufrir!.... ¡Pensamiento no corras!....)
MARÍA. No me tengas en esta angustia!....
EULALIA. *(Desechando sus sospechas.)* (No, estoy delirando!. .)
MARÍA. Acaba!....
EULALIA. (*Besándola.*) No quiero verte así!
MARÍA. *(Sentándose en el sofá.)* Siéntate aquí....

EULALIA. (*Sentándose.*) Cuando has llamado á mi puerta, no habrá dejado de estrañarte que hubiese luz en mi cuarto á estas horas.....

MARÍA. Si.....

EULALIA. Estaba pensando en escribir á Ramon, rogándole que con cualquier pretexto viniese hoy mismo, ahora.....

MARÍA. Que viniese ahora..... ¿á qué?

EULALIA. Ten calma, mira: Rafael me ha jurado y me ha perjurado que no se batian..... pero el corazon me dice que nos engaña.....

MARÍA. ¿Engañarnos? ¿y en qué te fundas?

EULALIA. En su turbacion, y en lo que me ha confesado para desviar nuestros recelos.....

MARÍA. Sigue!.....

EULALIA. Me ha dicho que Ramon y él, habian de asistir efectivamente á un duelo, pero como padrinos ó testigos; yo no entiendo de eso.....

MARÍA. (*Alarmada.*) Ah!.... sigue.....

EULALIA. Y que tendria lugar mañana á la una de la tarde.....

MARÍA. ¿Y por qué dices que nos ha engañado?

EULALIA. ¿No te alarmarás?....

MARÍA. Acaba!....

EULALIA. Ramon, antes de marcharse, me ha dejado escrita una carta.

MARÍA. ¿Y qué dice en ella? ¿Dónde está esa carta?

EULALIA. (*Viendo la ansiedad de María.*) ¿Estás viendo?.... ¿No me ves á mí?....

MARÍA. Concluye!.... esa carta!....

EULALIA. (*Señalando al bolsillo.*) Está aqui..... conmigo..... (*Sacando la carta.*)

MARÍA. Dámela!....

EULALIA. (*Dándosela.*) Pero no te alteres!....

MARÍA. (*Cogiéndola precipitadamente.*) Trae!....

EULALIA. A ver lo que te parece; pero con calma.....

MARÍA. (*Leyendo.*) «Te escribo estas líneas en esa hora estrema en que la verdad es la compañera única del dolor..... próximo quizás á la muerte.»—Oh! qué horror!—Se baten! qué horror!.... (*Deja caer la carta.*)

EULALIA. (Otra vez!....)

(*María cae, sollozando, sobre el lado izquierdo del sofá.*)

MARÍA. Rafael!....

EULALIA. (Rafael!....) (*Con sequedad.*) ¿Y á tí qué te importa? (*María sigue sollozando.*) (Oh! qué idea tan ruin cruza por mi mente!....) (*Coge la carta que María ha dejado caer al suelo, y se inclina al oido de María.*) Pues oye lo que dice al fin. Sé discreta contigo misma..... (*Leyendo.*) y sobre todo con María.....»

MARÍA. ¿Eso dice?

EULALIA. (*Poniéndola la carta junto á los ojos.*) Míralo.....

MARÍA. Miserable!....

EULALIA. (*Con intencion.*) Miserable!... y lloras tú!

MARÍA. (*Llorando.*) No puede ser! no quiero.

EULALIA. (*Levantándose.*) (¿Qué pasa por mí?)

MARÍA. (*Llorando.*) Eulalia!....

EULALIA. (Quiero alejar de mi esta sospecha..... y no me deja.....)

MARÍA. (*Llorando.*) Ya es tarde!....

EULALIA. Maria!.... (Ahora comprendo el interés de Rafael!....)

(*María se cubre el rostro con las manos.*)

MARÍA. Déjame, Eulalia, con mi vergüenza á solas!....

EULALIA. (*Interrumpiéndola.*) Tú vergüenza!.... Oh!.... si no es posible!....

MARÍA. (*Tapándose la cara y llorando.*) Eulalia.... perdon!....

EULALIA. Qué oigo!.... (*Eulalia se acerca á María y le descubre la cara, que tiene oculta entre las manos.*) Es decir que.....

MARÍA. (*Suplicante.*) Oh, no, no, pero soy inocente!....

EULALIA. Inocente!....

MARÍA. (*Llorando.*) Eulalia!....

EULALIA. Es decir que aquella mujer liviana... impúdica!.... aquella mujer para quien hasta el desprecio seria un miramiento mal tenido..... aquella miserable de que Ramon hablaba..... aquella.....

MARÍA. (*En llanto deshecho.*) Aquella miserable!.... perdon, Eulalia!....

EULALIA. ¿Eres tú?.... ¿tú? (*Apartándose horrorizada de María que sigue llorando.*) (*Con amargura.*) Uno y otro dia buscando en tu cariño amparo para mis penas;.... con-

fiándote mis pensamientos..... (*Llorando de rabia.*) Oh! y qué fácil te habrá sido engañarme!....

MARÍA. (*Suplicante.*) Eulalia!....

EULALIA. (*Acercándose á María.*) No hiciera otro tanto!....

MARÍA. (*Tapándole la boca.*) Compasion!....

EULALIA. Escuchando ¡infame! mis confidencias, has podido convertir en pensamientos impuros mi dolor y mi inesperiencia.....

MARÍA. Ten piedad de mí, Eulalia!.... soy inocente!....

EULALIA. ¿La has tenido tú de mi?.... inocente!.... esa palabra en tus lábios, ilumina la perversidad de tu alma!....

MARÍA. Eulalia!....

EULALIA. Has destrozado mi corazon: por tí van á matarse dos hombres!.... por tí el mundo señalará mañana á Cárlos...

MARÍA. (*Llorando.*) Dios mio....

EULALIA. Y solo quedará viva y triunfante tu impudencia!.... (*Acercándose á María en voz baja pero enérgica.*) Calla, calla!.... no tienes...

MARÍA. (*Tapándose la cara.*) Oh!....

EULALIA. No tienes más idea del deber que la que te impone tu abandono... infame!.... infame!....

MARÍA. Compasion!....

EULALIA. Calla!.... qué ménos puedo hacer que despreciarte!.... (*Vá á marcharse.*)

MARÍA. (*Deteniéndola.*) Oh, no, Eulalia!....

EULALIA. (*Desasiéndose.*) Déjame! A solas con tu conciencia has podido labrar tu deshonor: no me pidas ahora para un arrepentimiento fingido, lágrimas que necesito para llorar mi desdicha.

MARÍA. (*Agarrándose al vestido.*) Eulalia!.... por caridad!....

EULALIA. A solas tambien con tu crímen.....

(*Desasiéndose bruscamente y se dirige á su cuarto. María queda sollozando.*)

MARÍA. (*Viéndose abandonada.*) Madre!.... Óyeme tú... madre!...

EULALIA. (*Emocionada.*) Maria!....

MARÍA. (*En un grito de dolor.*) Madre!!!..

(*Al oir este último grito prolongado, Eulalia que está junto á su cuarto, no puede contenerse y repitiéndolo

como si fuera un eco del anterior, vá precipitadamente á María y se abraza á ella.)

EULALIA. *(Gritando y corriendo.)* Madre!!!....
(Permanecen abrazadas breves momentos.) No, no llores más..... te creo..... te creo.....

MARÍA. *(Abatida.)* Cuán infeliz soy!

EULALIA. *(Interrumpiéndola á besos.)* No, no: vá á creer madre que no te he perdonado.....

MARÍA. Eulalia!.... hermana mia!....
(Pausa.)

EULALIA. *(Apenada.)* Rafael!....

MARÍA. No pronuncies ese nombre: tu tranquilidad y mi honor exigen que lo olvidemos.....

EULALIA. *(Llorosa.)* Amándole tanto!....

MARÍA. *(Conteniendo el llanto.)* (Tanto!....)

EULALIA. María!....

MARÍA. Es preciso olvidarle para siempre.....

EULALIA. Para siempre!....

MARÍA. Sí, hermana mia: ahora es necesario que me ayudes á salvar mi honra amenazada..... Tú compañía me dará fuerzas..... ayúdame, Eulalia.....

EULALIA. Sí, María, eso es lo primero.

MARÍA. Mi ánimo no puede más.....

EULALIA. Cuenta conmigo.....

MARÍA. Salvar el nombre de Cárlos..... su honra. *(Eulalia se sobrecoge.)* Aún está ilesa la mia. Aseguremos nuestra tranquilidad, amparándonos mútuamente.

EULALIA. Dime lo que hemos de hacer.....

MARÍA. Concluye esa carta que estabas escribiendo á Ramon: ¿se han retirado los criados?

EULALIA. Solo queda Antonio que le toca velar.....

MARÍA. Que lleve ahora mismo esa carta. No te engañaba el corazon: esta madrugada se baten.....

EULALIA. Es preciso impedirlo.....

MARÍA. Que venga ahora mismo Ramon. Llamándole tú no faltará.

EULALIA. Que no se batan!....

MARÍA. Y desde mañana ni un momento has de separarte de mí...

EULALIA. Siempre juntas!....

MARÍA. (*Abrazándola.*) Siempre! Tengo miedo! Ahora escribe esa carta á Ramon, y hasta mañana!....

EULALIA. (*Abrazadas.*) Hasta mañana!....

MARÍA. Te debo!.... (*El llanto la impide seguir.*)

EULALIA. María!.... no llores más. (*La besa.*)

MARÍA. Adios!....

EULALIA. (*Besándose.*) Yo iré á despertarte..... Adios!....
(*Eulalia se despide de María junto al cuarto de ésta, que contempla á Eulalia dirigirse al suyo: antes de entrar Eulalia en el suyo, vé á María que la está observando. María rompe en llanto otra vez.*)

MARÍA. (*Desde la puerta de su cuarto.*) Eulalia!....

EULALIA. María!....
(*Eulalia se dirige corriendo á María y se abrazan: hace entrar á María, y hasta que ésta entra, no se mueve de la puerta del cuarto.*) Adios!.... (*Se dirige al suyo: antes de entrar llama á Antonio.*) Antonio!.... Sí, esto es lo mejor: una tarjeta ó un papel cualquiera: (*Antonio aparece. Eulalia coge de la mesa un papel y escribe.*) Aquí mismo! (*Leyendo en voz alta lo que escribe.*) «Te espera ahora mismo, tu hermana, Eulalia.»
(*Dá la carta á Antonio despues de cerrada.*) Vas á llevar ahora mismo esta carta á Ramon: si no está en su casa, estará en el Casino: no dejes de dársela á él mismo, que es muy urgente!.... Dile que esperas contestacion. (*Váse Antonio.*) Ahora..... á llorar mis penas!.... (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA IV.

RAFAEL vestido para salir y visiblemente desconcertado.

No sé por qué siento este desasosiego y esta inquietud que me mortifican y no me dejan un momento de reposo. Quiero convencerme de que voy al duelo sin motivo suficiente ni razon que lo justifique, y á seguida me asalta un cúmulo de pensamientos incoherentes y desordenados,

que me exasperan, que me irritan, y que abaten mi espíritu..... ¿Qué pasa por mí?.... No lo sé..... ni de lo que pienso me doy cuenta!.... Tiene la hermosura de la mujer algo que disculpa la osadía del que la codicia!.... Estoy delirando!.... ¿Y mañana?.... ¿Qué será de todo esto, mañana?.... Solo el pensarlo me causa espanto!.... Ea! no hay tiempo que perder: dentro de pocas horas todo habrá terminado..... Si muero!.... oh!.... morir cuando alcanzo la dicha de su amor!.... Sin verla una vez siquiera!.... María!.... Una mirada tuya que refleje en mi agonía la imágen de tu pasion y mi ventura!.... María!.... sí: he de verla!.... *(Acercándose al cuarto.)* Oh! no! Qué vacilo!.... Entre morir por su honra ó morir por mi amor... su honor es lo primero! *(Vacila.)* ¡Oh! ¡si no puedo!.... ¡María!.... ¡María! *(Entra en el cuarto de María.)*

* *

ESCENA V.

CÁRLOS, saliendo de su escritorio con unos papeles en la mano: en el momento de salir, apercibe que alguien se introduce en el cuarto de María.

Cárlos. *(Dejando encima de la mesa los papeles.)* ¡Jesús!!... ¡Miserable! *(Se dirige á la panoplia y coge de ella una pistola.)* ¡Condenacion! Vivirá..... lo que tarde en leer su sentencia en mis ojos. *(Entra en el cuarto de María: se oye un chillido y seguidamente un tiro.)*
(Aparece Rafael atropellado por Cárlos que le saca violentamente del cuarto de María.)

Cárlos. *(Al llegar á la escena.)* ¡Miserable! *(Reconoce á su hermano, y lleno de terror, arroja al suelo la pistola.)* ¡Rafael!!

Rafael. *(Cayendo muerto.)* Muero..... perdon!....

ESCENA VI.

EULALIA y RAMON salen, por su cuarto la primera, y por el foro el segundo: ambos tropiezan con el cadáver de Rafael.

RAMON. Muerto! } *(En un grito simultáneo de horror.)*
EULALIA. Jesús! }
RAMON. (*Aterrorizado.*) Qué ha hecho usted, D. Cárlos!
CÁRLOS. *(Con solemnidad.)* Justicia!
(Eulalia se dirige corriendo hácia el cuarto de María gritando.)
EULALIA. María!.... Es inocente!....
(*Al llegar á la puerta descubre el cuerpo de María en el suelo, y dá un fuerte chillido cayendo desvanecida en los brazos de Ramon que la ha seguido.*)
RAMON. Drama eterno de la vida!
CÁRLOS. (*Con amargura.*) Dios de piedad!
RAMON. Misericordia, Señor!....
EULALIA. (*Volviendo en sí.*) Rafael!....
RAMON. Misericordia para todos!

FIN DEL DRAMA.